Antes de la última campanada
MARÍA HEREDIA
Selecta

Antes de la última campanada

María Heredia

Selecta

Para todos los que creen
en la magia de la Navidad

The person, be it gentleman or lady,
who has not pleasure in a good novel
must be intolerably stupid.

Northanger Abbey, Jane Austen (1817)

Prólogo

Octubre

Era el día de la final. Después de varios meses de emisión, galas semanales y una gran repercusión en redes sociales, *Misión Éxito*, el *talent show* de la temporada, llegaba a su fin. Y yo no podía estar más nerviosa. Aquel era mi primer trabajo importante en el sector, así que nunca había vivido un acontecimiento de semejante magnitud.

Al principio nadie confiaba en el formato, de manera que no me había costado demasiado entrar a formar parte del equipo gracias a una antigua compañera de facultad. Habían tenido un par de bajas de última hora y había pensado que a mí podría interesarme. Siendo sincera, yo tampoco tenía demasiada fe en el programa. Al fin y al cabo ya se habían emitido otros similares que no habían cosechado un gran éxito y la industria musical parecía estar saturada de cantantes. Sin embargo, el sueldo era bueno y tendría más responsabilidades de las que había tenido hasta aquel momento, por lo que había acabado aceptándolo. Quedaría bien en mi currículum y, con un poco de suerte, aprendería un par de cosas.

No obstante, no tardamos en darnos cuenta de nuestro error. La gala de presentación obtuvo unos datos discretos, pero la audiencia no tardó en dispararse gracias al auge de las redes sociales, donde tanto los concursantes como el propio programa subían contenido exclusivo

de manera constante. La audiencia joven se enganchó y la primera gala fue uno de los programas más vistos del mes. Y, sorprendentemente, los buenos datos se mantuvieron. La gente hablaba de aquel programa tanto por redes como en el mundo real. No era raro ir a la peluquería y oír al resto de clientas comentar las últimas actuaciones e incluso una vez en la frutería escuché al tendero quejarse de lo injusta que había sido la nominación de su concursante favorito. *Misión Éxito* se había convertido en un auténtico fenómeno que aquella noche llegaba a su fin y el equipo estaba trabajando sin descanso para terminar por todo lo alto. No queríamos que ningún problema técnico ensombreciera lo que habíamos conseguido durante aquellos meses. La renovación ya estaba prácticamente firmada, pero los productores consideraban que lo mejor sería no jugárnosla hasta tener el acuerdo cerrado.

Por suerte las cosas estaban yendo bastante bien. El sonido era perfecto, todos los vídeos habían entrado a la primera e incluso íbamos bien de tiempo. Si no surgía ningún problema, se anunciaría al ganador a la hora prevista y conseguiríamos el mejor dato de audiencia no solo del día, sino de todo el año. Por encima incluso de Eurovisión y la final del Mundial de fútbol.

Correteaba por la sala de control, atenta a las pantallas que mostraban las imágenes de las distintas cámaras. Hacía lo mismo de siempre con tranquilidad, disfrutando de mi último programa por el momento. Había sido una experiencia muy enriquecedora, así que quería disfrutar de aquellas últimas horas al máximo. Pero, de repente, sucedió algo que no entraba en mis planes y que lo estropeó todo. Mi superior empezó a encontrarse indispuesto y tuvo que marcharse corriendo, dejándome a mí al mando de la retransmisión. No pude evitar entrar en pánico. Era la primera vez que me enfrentaba a algo así y no sabía muy bien cómo actuar. Evidentemente había visto cómo se hacía, pero nunca antes había estado en mis manos. Nadie me había dado tantas responsabilidades hasta aquel momento.

A pesar del miedo, puse todo de mi parte y, después de unos primeros minutos caóticos, logré que el programa siguiera según lo previsto. Poco a poco me fui confiando. Y quizás ese fue mi error. Cuando llegó, por fin, la hora del veredicto cualquier rastro de nerviosismo había desaparecido. Me movía de un lado a otro de la

sala con seguridad, sin fijarme en nada más que las pantallas, consciente de que estaba logrando una retransmisión perfecta… y entonces dejó de serlo. No sé muy bien qué pasó, supongo que tropecé con algo que no vi. Solo recuerdo que empecé a caer y, en un vano esfuerzo por evitar la caída, me así a lo primero que encontré. Y acabé poniendo un anuncio (el del patrocinador que más dinero había pagado y que debía emitirse justo después del anuncio del vencedor) justo cuando el presentador estaba leyendo la tarjeta en la que estaba escrito quién había ganado el concurso. Todo el equipo entró en pánico pero, por muy rápidos que intentamos ser, recuperamos la conexión demasiado tarde. Toda España se perdió el anuncio y solo pudo ver a la flamante ganadora llorando mientras sus compañeros la abrazaban. Acababa de cargarme la final yo solita.

Después de aquello todo fue un caos. Nos llovieron las críticas por lo que había pasado, salimos en todos los programas de *zapping*, se hicieron miles de memes del momento e incluso empezamos a recibir amenazas de *fans* descontentos que nos acusaban de querer boicotear a la ganadora. Los productores no podían creerse que hubiéramos cometido aquel fallo, así que empezaron a pedir cabezas que no tardaron en rodar. Empezando por la mía, por supuesto, ya que era la responsable en aquel momento. Ni siquiera esperaron al día siguiente para despedirme.

Pero aquello no fue todo.

El patrocinador sufrió pérdidas millonarias porque la gente odió que su anuncio estropeara el momento que llevaba meses esperando e incluso se planteó presentar una demanda contra la productora por daños y perjuicios.

La cadena decidió no renovar para una segunda temporada porque las críticas en redes sociales fueron tan duras que consideraron que no merecía la pena volver a arriesgarse.

La productora perdió todos los contratos que tenía con aquella cadena y algunos proyectos que iban a comenzar a rodarse fueron cancelados de forma inmediata, dejando a mucha gente en el paro.

Fue el fin del concurso.

Y el de mi carrera.

Capítulo 1

Diciembre

Me bajé del tren, tirando de mis abultadas maletas con cara de fastidio. Después de pasarme casi siete horas hacinada en aquel vagón de mala muerte que probablemente no habían renovado desde los años 80, solo tenía ganas de llegar a casa y tumbarme a descansar. Y de darme una ducha porque alguien había tenido la brillante idea de poner la calefacción como si estuviéramos en el mismísimo infierno. A punto había estado de quitarme el jersey y quedarme en sujetador delante del resto de pasajeros, pero había logrado contenerme por miedo a que me obligaran a bajar en cualquier estación o apeadero en mitad de la nada.

Suspiré y comencé a recorrer el andén con la mirada. Por suerte, no tardé en dar con mi madre, que me hacía aspavientos y sonreía.

—¡Elvira, cariño! —Me abrazó en cuanto llegué hasta ella, apretándome con un poco más de fuerza de la necesaria—. ¡Ya estás aquí! ¿Qué tal el viaje?

—Prefiero no contestar —dije, aunque me obligué a fingir una sonrisa—. Ya sabemos cómo funciona todo lo que no es alta velocidad en este país.

—Bueno, no te preocupes que casi hemos llegado. —Cogió una de mis maletas, se enganchó a mi brazo y empezó a tirar de mí sin previo

aviso, lo que hizo que estuviera a punto de tropezar y caerme—. Venga, vamos, que me he dejado a tu padre aparcado en doble fila.

Entramos al edificio, atravesamos el vestíbulo y, por fin, salimos de la estación. Mi padre estaba fuera del coche, apoyado en el capó, aunque se enderezó en cuanto nos vio aparecer. Se acercó para ayudarnos con las maletas y me saludó con un abrazo.

—¡Por fin llegas!

—Sí, intenté obligar al maquinista a ir más rápido, pero no me hizo caso —contesté con cierta sorna mientras guardábamos mi equipaje en el maletero—. No sé qué tontería de que tenía que respetar los límites de velocidad o algo así.

Los tres nos subimos en el coche y nos pusimos en marcha enseguida. Afortunadamente mi minúsculo pueblo sin estaciones de tren ni autobús funcionales estaba a solo veinte minutos de allí, por lo que pronto estuvimos en casa y pude, por fin, tirarme en mi cama. Me quité los zapatos de una patada, aún bocabajo, y me abracé a uno de los múltiples cojines que tenía sobre la colcha. Estaba tan cansada en aquel momento que habría podido quedarme dormida así, pero mi estómago empezó a rugir, recordándome que llevaba bastantes horas sin probar bocado y que, al parecer, la bolsa de patatas fritas que me había tomado en el tren no era alimento suficiente. Dispuesta a ponerme de nuevo en marcha, rodé para quedar sobre mi espalda, aunque me quedé tumbada unos segundos más. Paseé la mirada del techo a las paredes llenas de estanterías que tan bien conocía. Cada vez que volvía a casa para pasar unos días sufría una especie de *déjà vu* como si, de repente, volviera a mis quince años. Suponía que era algo normal ya que, al fin y al cabo, mi habitación apenas había cambiado desde que me había marchado a estudiar a la universidad hacía más de diez años. Si hubiera vuelto durante un tiempo, como hicieron algunas de mis amigas, quizás la habría redecorado y ahora tendría un cuarto de adulta en casa de mis padres, pero aquel no había sido el caso, así que seguía teniendo uno de adolescente. Y solo pensar que probablemente tendría que regresar allí de forma indefinida me deprimía.

Me froté la frente y me obligué a levantarme por fin. Mis padres me habían dicho que la cena estaba preparada, por lo que lo mejor sería darme una ducha rápida y reunirme con ellos en la cocina para

que me pusieran al día de los últimos cotilleos del pueblo y me informaran de los planes para las próximas semanas. La Navidad solía ser una época bastante ajetreada en casa y teníamos que cuadrarlo todo bien para poder asistir a todas las reuniones familiares y quedadas con amigos. Además, estaba segura de que también querrían hablar del «tema».

El «tema» era como llamaba al pequeño incidente que me había llevado a la cola del paro y que había estado a punto de provocar una disputa legal entre la productora de *Misión Éxito*, la cadena que lo emitía y los anunciantes. Todavía me costaba creerme que aquel accidente hubiera podido desencadenar semejante lío. Parecía que el mundo se había vuelto loco por culpa de un programa de televisión. Entendía perfectamente a los seguidores que se habían enfadado por no poder ver el veredicto en directo, pero ¿era tan grave como para acabar con mi carrera para siempre? Pues, al parecer, sí que lo era. Llevaba ya más de un mes buscando trabajo, pero nadie parecía querer contratarme. De la noche a la mañana me había convertido en la chica que acabó con el mejor *talent show* de la temporada, así que me cerraban todas las puertas en las narices. Y ni siquiera mis conocidos aceptaban los currículos que les enviaba, demasiado asustados para pasárselos a sus jefes y que pudieran relacionarlos conmigo. Además, no sabía cómo, pero mi nombre había acabado por filtrarse y había tenido incluso que cerrarme la cuenta de Twitter por los insultos y amenazas que había estado recibiendo casi a diario. Estaba siendo un auténtico calvario.

Llegué a la cocina y me senté a la mesa, que ya estaba puesta. Mi madre puso la olla de caldo sobre el tapete del centro y empezó a repartir mientras parloteaba sobre uno de mis primos, que estaba a punto de tener un bebé.

—El otro día tu tía me enseñó una foto del reportaje que se hicieron y se les ve radiantes —me decía—. ¡Ya los verás en la cena de Nochebuena!

—Así que ¿Nochebuena en casa de los titos?

—Como siempre, Elvira. —Se secó las manos en un trapo y se sentó a mi lado—. En Nochevieja iremos a casa de tus otros tíos, así que no hagas planes temprano porque nos tomaremos con ellos las uvas.

—Sí, tranquila. Aunque no creo que haya mucho que hacer de todos modos.

—¡Uy, te equivocas! No sabes la cantidad de actividades que han organizado este año en el pueblo para celebrar las fiestas. Tenemos mercadillo navideño y todo.

Enarqué una ceja sin poder evitarlo. ¿Qué pintaba un mercado de Navidad en un pueblo de 500 habitantes en mitad de la nada?

—¿Y esa novedad?

—Félix, el chico de la librería-cafetería nueva, se ha encargado de prepararlo todo.

—Ah, ¿pero aún no la ha cerrado?

—¡Pues claro que no! Pero si la abrió hace solo un par de meses, ¿cómo va a cerrarla tan pronto?

—Tienes que admitir que es raro. ¿Quién monta un negocio así en un pueblo tan pequeño? Insisto en que es un prófugo de la justicia que está aquí porque ha cometido un crimen terrible y no quiere que nadie lo encuentre.

Mi padre estuvo a punto de ahogarse con la sopa al escuchar aquello y mi madre puso los ojos en blanco.

—Pues es un muy buen chico —lo defendió—. Deberías conocerlo porque tiene poco más de 30 años y está soltero.

—Lo que me faltaba… —mascullé, aunque intenté ahogar mi queja tomando una cucharada de caldo. En aquel momento no me apetecía nada discutir sobre mi inexistente vida sentimental.

—¿Por qué no te pasas por su local? Así podrás echar un vistazo a los libros y, de paso, conocerlo. Además, sirven cafés de esos con nombres raros de los que te gustan y hay unos sofás muy cómodos donde poder sentarte a tomártelo mientras lees. Estoy segura de que te encantará.

—Bueno…

Me encogí de hombros. Aquello no sonaba tan mal. Dudaba que aquella librería-cafetería fuera tan maravillosa como mi madre decía, pero no tenía demasiadas opciones de ocio en el pueblo, así que no perdía nada por darme una vuelta por allí y cotillear un poco. Podía tomarme algo y ojear qué libros tenían.

—Sí, supongo que me pasaré.

—¡Estupendo! Pues aprovecha para traerte las inscripciones para

el concurso de casitas de jengibre.

Mi cara de asombro en aquel momento debió ser un auténtico poema. Miré a mi madre como si acabara de hablarme en japonés e incluso parpadeé un par de veces, tratando de asimilar aquello.

—¿Has dicho concurso de casitas de jengibre? —Ella asintió y yo negué con la cabeza, cada vez más sorprendida—. ¿Es que de repente vivo en una película navideña americana?

—Ay, Elvira, hija, no seas tan cínica —me reprendió ella—. Va a ser muy divertido y el ganador se lleva un lote de productos locales que Félix ha preparado.

—Oh, claro, ¿cómo no? Esto ha sido también idea del famoso Félix…

Tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco. ¿Aquel chico era el representante de Papa Noel en la Tierra o qué le pasaba? Nadie en su sano juicio tenía tantísimo espíritu navideño.

—¡Y muchas más cosas se le han ocurrido! Se reunió con la alcaldesa nada más llegar y estuvieron organizando el programa cultural de todo este mes. Tengo una copia por algún lado, luego te la busco.

Seguimos cenando con tranquilidad y, por suerte, mis padres no sacaron en ningún momento el tema del despido. Al menos parecía que iba a poder olvidarme de aquello durante un par de días.

Solo esperaba pasar unas Navidades tranquilas, aunque algo me decía que iban a ser más bien moviditas.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, como no tenía nada mejor que hacer, me vestí y fui a cotillear la famosa librería-cafetería. Salí de casa mientras me envolvía en una bufanda, cerré dando un portazo y me encaminé hacia la plaza. A pesar de que estaba apenas a cinco minutos de mi casa, tardé casi media hora en llegar. Nada más doblar la esquina, me topé con doña Emilia, una de mis vecinas, que volvía de la tienda y me entretuvo con un pequeño interrogatorio al que se unieron algunas otras mujeres que nos escucharon hablar y quisieron salir a saludarme. Y, por desgracia, ellas no fueron tan consideradas como mis padres con el «tema».

—Qué mala pata lo de aquel programa, Elvirita —me dijo doña Concha, que acababa de asomarse a su ventana y prácticamente nos gritaba desde su butaca—. ¡Mi nieta se llevó un disgusto!

—¡La mía también! —añadió doña Emilia—. Me quitó el móvil para mandar un montón de mensajitos de esos para votar a la niña que quedó segunda.

—Ya, fue mala suerte, pero…

—¿Y a dónde vas? —me interrumpió antes de que pudiera siquiera comenzar mi explicación—. ¿Te ha mandado tu madre a hacer recados?

—No, voy a la cafetería nueva que han abierto.

—¡Ay, donde el Félix! —exclamó, y se agarró de mi brazo—. Tienes que conocerlo, niña. ¡Es la mar de apañado! Y, además, no tiene novia y es poco mayor que tú.

—Bueno, yo solo voy a tomarme un café y mirar unos libros…

—Te acompaño y así te lo presento, venga, vamos.

Tiró de mí y no pude hacer más que despedirme de las demás vecinas con la mano y dejarme arrastrar hasta la plaza. Una vez allí, giramos hacia la calle principal del pueblo (que solo se diferenciaba de los demás en que era un poco más ancha). No tardamos en ver el cartel del local: «Nuestro pequeño rincón. Librería-cafetería».

Doña Emilia abrió la puerta y me hizo pasar, sin soltarme del brazo. Eché un vistazo a mi alrededor, incapaz de disimular la curiosidad. Era un local pequeño y acogedor, de paredes blancas con vinilos de plantas, cuadros de escritores y lámparas doradas. Tal y como me había dicho mi madre, había varios sofás de aspecto cómodo con sus respectivas mesas bajas colocados entre estanterías de madera clara llenas de libros y otras mesas un poco más altas con sillas en la parte delantera. Justo frente a la puerta, había una pequeña barra también de madera con una cafetera, un montón de tazas apiladas y una vitrina llena de dulces. Al otro lado de esta pude ver a un chico de pelo castaño, ojos oscuros y barba, de aspecto simpático. Definitivamente no parecía un prófugo de la justicia, aunque nunca se sabía.

—Buenos días, doña Emilia —saludó a mi vecina en cuanto la puerta se cerró—. ¿Qué hace usted por aquí tan temprano? ¿Quiere que le ponga un café?

—No, hijo, vengo solo de paso. Ya vendré a la tarde a tomarme el cafelillo con mi cuñada —contestó ella—. Es que me he encontrado con Elvirita y venía a presentártela.

No pude evitar ponerme roja al escuchar aquel diminutivo. Estaba más que acostumbrada a que mis vecinos me llamaran así, pero me daba vergüenza que lo usaran delante de desconocidos.

—Es la hija del Ramón y la Rosario, ¿sabes? La que te dije que vivía en Madrid y trabajaba en la tele, con las cámaras y esas cosas modernas, ¿te acuerdas?

—Sí, creo que sí —contestó él. Clavó su mirada en mí mientras sonreía.

—Estaba en ese programa muy famoso de cantantes que tanto le gustaba a mi nieta —siguió diciendo ella, sin darnos la oportunidad de saludarnos siquiera—. Bueno, en realidad ella fue quien estropeó la final porque se cayó y le dio al botón que no era. Es que, pobrecita mía, Elvirita siempre ha sido muy torpe. Uy, si yo te contara la de caídas que tuvo cuando era pequeña… ¡Todo el día rodando por estas calles!

Quise que la tierra me tragara en aquel mismo momento y me escupiera en Nueva Zelanda, lo más lejos posible de aquella cafetería y de mi pueblo. Me encogí un poco sobre mí misma y aparté los ojos de Félix, que me miraba de forma compasiva, incapaz de creerse el mal rato que me estaba haciendo pasar doña Emilia.

—Pero es muy buena niña, ¿eh? Ha venido ahora a pasar las Navidades con sus padres. No viene casi nunca a verlos, aunque de vez en cuando todavía se deja caer por aquí. ¡Y no tiene novio! Porque no lo tienes, ¿verdad, Elvirita? —Sin darme tiempo a contestar, hizo un gesto con la mano, como si estuviera quitándole importancia al asunto, y continuó—: Tuvo un novio cuando estaba aquí en el pueblo, cuando era una muchachilla de quince o dieciséis años. El Pedrín, el que ahora es pintor y tiene un chiquillo recién nacido. Sabes quién es, ¿verdad? Bueno, pues resulta que yo los pillé una vez en…

—Bueno, doña Emilia, ya me ha acompañado —logré interrumpirla por fin. Notaba la cara ardiendo por la vergüenza, aunque, por suerte, había logrado detenerla antes de que contara aquella anécdota tan embarazosa—. Ya se puede ir, que seguro que tiene muchas cosas que hacer. ¿No tiene que preparar el almuerzo? Viene usted de la compra, así que tendrá que llevarla a casa, ¿no?

—Uy, es verdad, ¡qué cabeza la mía! —exclamó, llevándose una mano a la frente y soltándome el brazo por fin—. Si es que me entretenéis y fíjate: toda la mañana dando vueltas por el pueblo cargada. Me voy ya y os dejo tranquilos. Por cierto, Elvirita, hija, dile a tu madre que esta tarde me paso por tu casa para dejarle unas verduras de las que me traiga mi marido del campo.

—Lo haré.

Volvió a despedirse y, por fin, se marchó dejándonos solos. Todavía muerta de vergüenza, me atreví a mirar de nuevo a Félix, que aún esbozaba la misma sonrisa comprensiva, aunque también parecía

ligeramente abochornado por la situación.

—Así que ¿Elvirita?

—Solo para mis vecinos —me apresuré a corregirlo—, para el resto del universo soy solo Elvira.

—Yo soy Félix.

—Ya lo sé: el valiente que ha montado una librería-cafetería en un pueblo perdido en mitad de la nada. —Volví a mirar a mi alrededor y asentí, dando mi aprobación—. Debo admitir que el sitio no está nada mal.

—Gracias por su aprobación, señorita de ciudad —replicó de forma sarcástica, aunque sin perder la sonrisa—. ¿Te pongo un café o vienes solo a cotillear?

—En realidad vengo a por las hojas de inscripción para el concurso de casitas de jengibre.

—¿Vas a participar? —preguntó sin poder disimular la sorpresa en su tono de voz.

—Claro que no. —Negué con la cabeza, ligeramente horrorizada por aquella sugerencia—. No tengo tanto espíritu navideño y, además, no sabría ni cómo empezar a hacerla. Es para mi madre. Está entusiasmada con todo lo que habéis organizado.

—¿Has visto el programa? —me preguntó. Cogió una copia que tenía sobre el mostrador y me la tendió. Yo la acepté, aunque ni siquiera la abrí—. La verdad es que está todo el mundo muy implicado. Al principio no sabía si sería buena idea, pero creo que mis propuestas han gustado mucho.

—Sí, parece que has convertido este lugar en el Disneylandia de la Navidad. —Me encogí de hombros y señalé uno de los sofás—. ¿Puedo tomarme algo mientras echo un vistazo? No tengo nada mejor que hacer en todo el día y me han dicho que tienes «cafés con nombres raros».

—Veo que las noticias vuelan en este pueblo. —Volvió a sonreír y yo no pude evitar contagiarme. Tenía una de esas sonrisas sinceras que podían iluminar una habitación—. En la pizarra están anotadas nuestras especialidades y los libros de la última estantería no están a la venta, así que puedes coger el que quieras y quedarte a leerlo un rato. Siéntete como en casa.

Le di las gracias, cada vez más sorprendida. No sabía que era

también una especie de biblioteca que prestaba a los clientes algunos de sus ejemplares. Aquel pequeño local había conseguido atraer mi atención, por lo que me apresuré a dejar mis cosas en uno de los sofás, pedir un *tofee nut latte* y empezar a pasearme, buscando algo que leer aquella mañana.

Félix no tardó en preparar mi café. Lo observé de reojo, escondida detrás de un ejemplar de *Emma* de Jane Austen, mientras colocaba la taza con cuidado sobre la mesa, acompañada de un par de galletas de jengibre con forma de muñeco. No sé si se dio cuenta de que lo estaba observando, pero se giró hacia mí y me guiñó un ojo, consiguiendo que me sonrojara. Carraspeé, algo avergonzada por la pillada, y bajé la mirada hacia la contraportada del libro, fingiendo leer la sinopsis. Él regresó tras la barra y yo por fin escogí una novela y regresé al sofá para poder disfrutar de mi café antes de que se enfriara.

Al menos aquella era una buena forma de pasar la mañana.

Capítulo 3

—No puedo creerme que este sea de verdad nuestro pueblo.

Miraba a mi alrededor, sin poder disimular mi asombro. Aquella noche había quedado para cenar con Isa y Cati, las únicas de mi grupo de amigas que seguían viviendo en el pueblo, pero habíamos terminado dando un paseo por el ya famoso mercadillo de Navidad. Como era viernes estaba bastante animado y no tardé en darme cuenta de que muchas de las personas que nos cruzábamos eran visitantes que habían venido a propósito para poder disfrutar del ambiente navideño.

Giré sobre mí misma, contemplando las guirnaldas de pequeñas bombillas que iluminaban las calles, las casetas de madera en las que podías encontrar desde dulces tradicionales de aquella época hasta libros, y la nieve artificial que cubría la acera y los tejados. Aquella estampa parecía sacada de una película navideña de tarde, de esas que tienen muchos clichés y muy poco presupuesto.

—El mercadillo está siendo todo un éxito en la sierra —me explicó Cati. Mi amiga trabajaba como repartidora de Correos, así que hablaba con mucha gente a lo largo del día—. Si no me han preguntado hoy por él diez personas no lo ha hecho ninguna.

—Debo confesar que cuando lo escuché en la tienda por primera vez pensé que iba a ser un auténtico fiasco —añadió Isa, que iba

agarrada de mi brazo y señalaba a nuestro alrededor—. Porque ¿quién iba a venir a un mercado de Navidad a un pueblo perdido en mitad de la nada? Pero admito que me equivoqué. Nunca había visto a tantos turistas por aquí.

—Además, ha quedado precioso —insistió Cati—. Y los puestos de dulces son los mejores. Mi madre y sus amigas están recaudando muchísimo dinero para la asociación gracias a los polvorones caseros.

—Félix tuvo una idea maravillosa.

—Oh, el famoso Félix —dije sin poder evitarlo.

No dejaba de pensar en él desde que regresé de pasar la mañana leyendo y bebiendo café en su librería-cafetería. Aquel chico de pelo castaño y sonrisa amable me resultaba… fascinante. Apenas habíamos hablado, pero no dejaba de revivir en la cabeza la breve conversación que habíamos mantenido y que no me había ayudado precisamente a contestar todas las preguntas sobre él que me rondaban la mente.

—¿Lo has conocido ya? Es majísimo y el soltero más codiciado del pueblo en estos momentos.

—Sí, mi madre ha intentado liarme con él unas diez veces —confesó Isa—. Pobrecillo, ¡menudas encerronas nos monta! No sé cómo no huye cada vez que me ve aparecer.

—Bueno, a mí ayer me hizo una doña Emilia —les conté—. Me la crucé cuando iba hacia la librería para cotillear un poco y no me dejó tranquila hasta que le contó a Félix toda mi vida. ¡Incluso lo de aquella vez que me pilló con Pedro!

—No va a dejar que lo olvides nunca. —Cati se echó a reír—. ¿Y qué dijo él?

—Nada. ¡Si no lo dejó ni hablar! Menos mal que al final conseguí librarme de ella.

—¿Y qué te pareció?

—El local tiene su encanto, la verdad, y él es… particular. —Arrugué levemente la frente, tratando de poner mis impresiones en palabras—. Aunque está claro que tiene buen ojo. Nadie se habría atrevido a montar un local como el suyo en mitad de la nada y mucho menos a organizar todo esto. Me parece un soñador.

Seguimos paseando y, al final, decidimos comprar unas creps saladas de jamón y queso en uno de los puestos del mercado. Al bar de siempre podíamos ir cualquier día del año, pero al mercadillo apenas

le quedaban unas cuantas semanas, así que lo mejor sería aprovecharlo al máximo. Como nos los sirvieron en unos recipientes de cartón, nos sentamos en un banco de la plaza a tomárnoslos con tranquilidad y, de paso, cotillear sobre todos los grupos que pasaban cerca y comentar las últimas novedades del pueblo. Aunque Félix parecía monopolizarlas. Al parecer no solo había organizado todas las actividades navideñas sino que también había comenzado a preparar el carnaval y otros eventos. Si seguía así, acabaría por convertirse en el próximo concejal de fiestas.

—Vaya, hablando del rey de Roma…

Seguí la mirada de Cati y me encontré con Félix, que paseaba por el mercadillo acompañado de varios amigos. Lo recorrí de arriba abajo sin poder evitarlo y sonreí al darme cuenta de que con esa bufanda chillona y ese abrigo oscuro encajaba perfectamente con el ambiente navideño.

Él no tardó en percatarse de nuestra presencia. Nos miró durante unos instantes, un poco indeciso, aunque al final se decidió a acercarse a nuestro banco, sonriendo.

—¡Buenas noches, chicas! —nos saludó de forma alegre—. Me alegra mucho veros por aquí. ¿Estás disfrutando del mercadillo, Elvira?

Mis amigas, que no eran precisamente las reinas del disimulo, se giraron para mirarme nada más escuchar aquella pregunta y yo tuve que contener un sonrojo. No entendía por qué solo se había dirigido a mí, pero no quería que Isa y Cati se montaran películas que no iban hacia ningún lugar.

—Sí, es muy bonito —contesté, tratando de mantener la calma—. La verdad es que estoy bastante sorprendida. Me esperaba algo más… cutre.

—Al final te veo participando en el concurso de casitas de jengibre…

—Tampoco te pases.

Se me escapó una risita tonta al responder, que traté de disimular con un carraspeo. No sabía muy bien a qué venía aquello, pero mis amigas parecían estar pasándoselo en grande. Por suerte, Félix no se percató de nada y siguió hablando sin mudar su expresión.

—¿Y en el de villancicos?

—¿Hay un concurso de villancicos?

—Claro, en la fiesta de Navidad —se apresuró a aclarar Isa—. Vamos a ir después de cenar, ¿no?

Paseé la mirada entre los tres, con el ceño ligeramente fruncido. No sabía si me estaban tomando el pelo o realmente habían organizado una fiesta popular después de la cena de Nochebuena.

—Es una alternativa de ocio para los jóvenes —me explicó Félix al darse cuenta de que no terminaba de creérmelo—. Habrá música, actividades y, por supuesto, un concurso de villancicos. Deberías apuntarte. El primer premio es una cesta de productos locales que han donado muchos vecinos.

—Me lo pensaré —dije, no demasiado convencida. Cantar no era lo mío, así que dudaba participar. Además, ni siquiera sabía si iba a ir a aquella fiesta o me reuniría con mis amigas en alguna cochera, como hacíamos siempre—. Aunque no prometo nada.

—Algo es algo. —Félix me guiñó el ojo antes de señalar a su grupo de amigos, que seguían quietos donde los había dejado—. Me están esperando, pero me alegra mucho haberos visto. ¡Espero que sigáis disfrutando de la noche!

Se despidió con un gesto y se marchó corriendo, dejándonos prácticamente con la palabra en la boca. Los vimos alejarse en silencio, pero, en cuanto giraron la esquina y desaparecieron, Isa y Cati se echaron a reír. Empezaron a pincharme el costado como si volviéramos a tener quince años y yo protesté.

—¿Pero qué os pasa?

—¡Que le gustas a Félix!

—¿Qué decís? —Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza—. Anda, dejaos de tonterías que ya somos mayorcitas para estas cosas.

—Venga, Elvira, no te hagas la tonta —insistió Cati—. Es evidente que siente algo por ti. ¿Crees que se habría acercado a hablar con nosotras si no te hubiera visto? Solo lo ha hecho porque estabas tú.

—Pero si solo hemos hablado una vez.

—Suficiente para algunas personas. —Isa se encogió de hombros —. Deberíamos ir a la fiesta de Navidad y participar en el concurso.

—¡Por supuesto que sí!

—Estáis locas —mascullé, echándome el pelo hacia atrás— y sois un par de dramáticas exageradas.

Ellas me ignoraron y siguieron haciendo planes, a cada cual más descabellado, para que Félix y yo acabáramos juntos. Solo les faltó ir a la casa de don Celestino, el cura del pueblo, para reservarnos fecha en la iglesia. Yo suspiré, me acomodé en el banco y decidí terminarme mi crep en silencio. Aunque no pude evitar darle vueltas a lo que mis amigas no paraban de repetir sobre Félix. ¿De verdad le gustaría? Lo veía poco probable porque acabábamos de conocernos y apenas habíamos intercambiado unas cuantas palabras. Además, el amor a primera vista no existía en la vida real y nosotros no éramos los protagonistas de una película romántica navideña, a pesar de que el pueblo pareciera en aquel momento el decorado de una. Negué con la cabeza, obligándome a apartar aquellas ideas de mi mente. Lo mejor sería no darle más vueltas a aquello y tratar de disfrutar de las Navidades antes de decidir qué hacer con mi vida.

Capítulo 4

—Un regalo para mi mejor clienta.

Levanté la vista del portátil y sonreí al ver a Félix frente a mi mesa. Me devolvió la sonrisa al tiempo que dejaba un pequeño plato en el que había un *croissant* recién horneado.

—¿Soy tu mejor clienta? —le pregunté sin poder evitarlo—. Llegué al pueblo hace poco más de una semana.

—Sí, pero vienes todas las mañanas.

—Y doña Emilia todas las tardes —le recordé.

—¿Prefieres que me lleve el *croissant*?

Hizo ademán de coger el plato, pero yo me apresuré a acercármelo para que no pudiera alcanzarlo.

—«Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita».

—Una semana aquí y ya hablas con refranes. —Echó un vistazo alrededor del local y, al ver que estábamos solos, se sentó a mi lado—. ¿Qué haces todas las mañanas? ¿Teletrabajas?

—¡Ojalá! —Lo miré, con los ojos entrecerrados. No entendía por qué me hacía aquella pregunta cuando la respuesta era tan evidente—. No te hagas el tonto, Félix, que doña Emilia te lo dijo el otro día. Además, todo el mundo aquí sabe que estoy en el paro y por qué. Bueno, aquí, en toda España y en parte de Latinoamérica, en realidad.

—Por lo del concurso ese.

—«El concurso ese» —mascullé—. Hablas de él como si no hubiera sido el mayor éxito televisivo de los últimos años.

—No creo que fuera para tanto…

—Se nota que no te paseas mucho por las redes sociales. Era tendencia todos los días y las galas, lo más comentado de cada semana —le expliqué—. No era uno de esos programas que solo ven cuatro señores mayores, sino un auténtico fenómeno social. Y yo no solo arruiné la final, sino que estuve a punto de provocar un altercado entre los anunciantes, los productores y los dueños de la cadena. Casi acabamos en los juzgados por culpa de mi caída.

—Vale, entiendo que te despidieran por eso —aceptó él, asintiendo con la cabeza lentamente—. Pero seguro que pronto encuentras trabajo.

—Lo dudo mucho.

Suspiré y acabé por contarle todo lo que había pasado después de la final: los currículos rechazados, los conocidos que me habían vuelto la espalda, las amenazas por redes sociales. Lo puse al corriente de mi situación laboral mientras me terminaba mi café y me tomaba, a pequeños pellizcos, el dulce que me había traído y que estaba de muerte.

—Así que eso es todo —concluí después de un buen rato hablando sin parar—. Me paso las mañanas enteras buscando trabajo y, sinceramente, prefiero hacerlo aquí que en casa. Al menos puedo cotillear libros, beber cafés ricos y huir de mi habitación de adolescente.

—¿Y qué haces por la tarde?

—Ayudar a mi madre y ver la novela con ella —confesé—. Estamos tan enganchadas que hemos empezado a planear un viaje a Turquía para este verano.

Félix rio al escuchar aquello.

—Suena a planazo. ¿Puedo apuntarme?

—¿No tienes ningún festival que preparar? —le pregunté, tratando de picarlo, aunque él no pareció ni inmutarse—. Ya sabes, algo para celebrar San Juan con hogueras y excursiones a la playa.

—No lo descarto, aunque ahora estoy ocupado empezando a pensar los eventos para la feria del libro en abril.

Esta vez fui yo quien rio. Se notaba lo mucho que Félix disfrutaba

con la organización de cualquier tipo de evento cultural.

—No tengo contactos en el mundo editorial, pero una chica de mi grupo de amigas de la residencia, Nina, es escritora de novela romántica, así que, si buscas autores, podría escribirle. El pueblo es pequeño, pero estoy segura de que le vendrá bien un poco de publicidad porque siempre se está quejando de lo poco que vende —le comenté—. Y otra de ellas, Elisa, es pintora. Quizás podríais encargarle algún cartel o incluso organizar una exposición con sus cuadros.

—Me parecen unas ideas geniales, así que te mantendré al tanto. Y, oye, si estás libre esta tarde, a lo mejor puedo proponerte un plan que te interese.

—Bueno, estrenan un nuevo capítulo de la novela…

—Oh, sí, por supuesto.

—… pero supongo que podría prescindir de él por un día si alguien me sugiriera algo interesante.

Me encogí de hombros. No quería darles la razón a mis amigas y vecinas, que seguían intentando emparejarnos, pero cada mañana que pasaba en la librería-cafetería, Félix me caía mejor. Y no había dejado de fascinarme como el primer día. Cada vez que creía que lo conocía, hacía o decía algo nuevo que volvía a sorprenderme como lo del *croissant* o lo de la feria del libro.

Él amplió su sonrisa. Parecía que aquella respuesta le había hecho ilusión.

—Sé que no tienes mucho espíritu navideño, pero organizamos un taller infantil y me vendría bien que me echaras una mano. El Ayuntamiento no me paga mucho, pero podríamos dividirlo entre los dos. ¿Qué me dices?

Lo medité durante un par de minutos. Nunca me habían gustado mucho los niños, pero no tenía nada mejor que hacer y, siendo sincera, aquello sonaba mucho mejor que pasarme la tarde metida en el sofá, viendo novelas y aburriéndome como una ostra. No sabía qué tendría que hacer en el taller, pero estaba segura de que Félix lo habría preparado ya todo, por lo que solo tendría que echarles un vistazo a los pequeños asistentes.

—Lo haré a cambio de dulces gratis para acompañar el café durante un mes —accedí finalmente.

—Una semana —me rebatió él al tiempo que se cruzaba de brazos para dejar clara su postura, aunque yo no me iba a amedrentar.

—Tres semanas.

—Dos.

—Tres —insistí—. Y es mi última oferta, así que o lo tomas, o lo dejas.

—Eres dura negociando. —Resopló con fingido enfado y yo le di con el codo en el costado antes de echarme a reír. Félix me miró durante unos segundos antes de, por fin, esbozar una sonrisa y dejar caer los brazos—. Vale, de acuerdo. Tres semanas.

Le ofrecí la mano, sonriendo de forma triunfante, y él me la estrechó para poder cerrar el trato.

—¿Y qué tengo que hacer? —le pregunté—. ¿Necesitas que traiga algo?

—Ropa que pueda mancharse. —La campanilla de la puerta sonó y Félix se puso de pie—. Tengo que dejarte, Elvira, pero me ha encantado pasar este rato de charla contigo. Suerte con los currículos.

—Gracias.

No me dejó añadir nada más. Dio un par de zancadas hacia el mostrador y saludó a las dos clientas que acababan de entrar y que me hicieron un gesto al reconocerme. Yo se lo devolví y me quedé observándolos unos instantes antes de regresar a mi portátil, dispuesta a seguir con aquella inútil búsqueda de empleo.

Capítulo 5

A las cuatro y media, tal y como Félix me había pedido cuando nos despedimos aquella mañana, regresé a la cafetería vestida con unas mallas negras de deporte y una sudadera que debía haberme comprado cuando aún estaba en el instituto. La puerta tenía el cartel de «cerrado» colgado, pero, como lo vi detrás del mostrador, pegué con los nudillos en el cristal para llamar su atención. Él levantó la cabeza de los papeles que estaba revisando. Sonrió y se apresuró a acercarse a la entrada.

—¡Qué puntual! —exclamó nada más abrirme. Se echó hacia un lado para dejarme entrar y yo pasé al local—. Tengo ya casi todo el material listo, así que podemos tomarnos un café antes de que lleguen los niños. Si te apetece, claro.

—Me encanta que alimentes mi adicción a la cafeína. —Reí al decir aquello y asentí—. Un *caramel* con leche de avena, porfa.

Él volvió tras la barra mientras yo dejaba mi chaqueta en el perchero y cotilleaba lo que había preparado antes de mi llegada. No me había dicho en qué consistiría exactamente el taller y mi madre había vuelto a extraviar el programa de actividades culturales que teníamos en casa, así que iba totalmente a ciegas. Me paseé por el local, echando un vistazo a las mesas que había alejado de las estanterías y llenado de material para los niños. Había cartulinas de

colores, pinturas, botes de purpurina y varios lapiceros llenos hasta arriba. Era bastante evidente que íbamos a hacer manualidades.

—Aquí tienes. —Me giré al escucharlo y acepté la taza que me tendía. Se detuvo a mi lado y observó también la sala—. ¿Has adivinado ya de qué va esto?

—¿Tarjetas de Navidad?

—Adornos en general.

—Suena divertido. Mi hermano y yo solíamos hacer guirnaldas de cartulina cuando éramos pequeños —le confesé—. A mi madre le encantaba ponerlas por toda la casa.

—¿Tienes un hermano? —me preguntó con un interés que no me pareció nada fingido —. No lo sabía.

—Sí: Mateo. Es dos años mayor que yo —contesté tras sorber un poco de café—. No viene mucho por aquí porque vive en Alemania con su novia. ¿No te ha hablado doña Emilia de él nunca?

—Algo me suena ahora que lo dices, pero es que me menciona a tanta gente a lo largo del día que acabo mezclándoos a todos.

—¡Oh, menuda ofensa! —Me llevé una mano al pecho de forma dramática y él se echó a reír—. Espero que no vayas confundiéndome con otras por ahí.

—Tranquila, tú eres inconfundible. Marcaste la diferencia desde el primer momento en el que pusiste un pie aquí. —Lo miré, un poco confusa por sus palabras, sin saber qué contestar. Él se limitó a encogerse de hombros y sonreír—. Deberíamos acabarnos esto. Los niños deben estar al llegar.

Asentí, lentamente, todavía bastante confusa, aunque dispuesta a concentrarme en aquel taller. Apuramos las bebidas, terminamos de colocar las cosas y a las cinco, puntuales como relojes, abrimos las puertas del local para que los padres pudieran dejar a sus hijos. Al parecer, la voz se había corrido y no solo se habían apuntado los pocos niños que vivían en el pueblo, sino también unos cuantos de las localidades vecinas, por lo que tendríamos que ocuparnos de veintiséis niños más activos que yo después de tomar cinco tazas de café (basado en hechos reales).

Decidimos que lo más sencillo sería dividirlos en pequeños grupos que rotarían de unas mesas a otras para que pudieran probar todas las manualidades sin acaparar ninguna. Félix nos presentó y les explicó lo

que haríamos aquella tarde y ellos, emocionados, no tardaron en ponerse manos a la obra.

Yo me dediqué a recortar papeles y ayudarlos a pegar guirnaldas y construir pequeños árboles de Navidad mientras él se encargaba de hacer bolas de cartón y tarjetas que los pequeños decoraban y pintaban. Lo miraba de reojo de vez en cuando y no podía evitar sentir un pequeño cosquilleo en el pecho al verlo reír y jugar con los niños. Estaba tan mono que estuvo a punto de estallarme un ovario, aunque, por suerte, logré disimular y apartar todos aquellos pensamientos de mi cabeza.

Al final de la tarde apenas quedaban algunos trozos rotos de cartulina sobre las mesas y había más purpurina en el suelo del local (y en mi pelo, aunque no estaba muy segura de cómo había acabado ahí) que en los adornos, pero todos sonreían y, en cuanto llegaron sus padres, corrieron a enseñarles, con orgullo, todo lo que habían hecho.

—Ay, muchas gracias por este taller, chicos —me dijo doña Concha en cuanto le devolvimos a su nieta—. ¿También vas a estar en el próximo, Elvira, cariño? La niña se lo ha pasado fenomenal.

—He venido solo a echar una mano —respondí. Miré a Félix de reojo y me encogí de hombros—. Pero, si vuelven a apuntarse tantos niños y necesitan otra vez mi ayuda, supongo que sí.

—¡Pues mañana mismo voy al ayuntamiento a apuntarla!

Varios padres más asintieron y yo no pude evitar echarme a reír. Además de a los dulces, Félix tendría que invitarme al café durante las próximas semanas.

Cuando por fin todos se marcharon, Félix me dijo que podía irme, pero yo decidí quedarme un rato para ayudarlo a recoger. Al fin y al cabo, seguía sin tener nada mejor que hacer en casa. Una vez acabamos, volví a ponerme el abrigo y cogí mi guirnalda.

—Es para mi madre —le expliqué al ver que me miraba con una ceja enarcada—. Por los viejos tiempos. Es un poco ñoña, ¿sabes?

—Estoy seguro de que le encantará.

Salimos del local y Félix, que estaba visiblemente agotado, echó el cierre. Era evidente que, aunque habíamos pasado un buen rato con el taller, prefería sus tardes de café y libros.

—¿Hacia dónde vas? —me preguntó, sacándome de mis pensamientos—. Se ha hecho un poco tarde, déjame acompañarte para

que no tengas que ir sola.

Quise decirle que dudaba que fuera a pasarme algo en nuestro diminuto pueblo en el que todos nos conocíamos, pero me apetecía mucho alargar aquel rato con él, por lo que acabé por asentir y pedirle con un gesto que me siguiera.

Recorrimos las calles hablando de lo bien que lo habíamos pasado, de lo que haríamos en el próximo taller y de todos los desayunos a los que me tendría que invitar después de aquello y que, obviamente, pensaba cobrarme.

—Ni uno me vas a perdonar —se lamentó él cuando ya girábamos la esquina de mi calle.

—¿Con lo ricos que están tus cafés y tus dulces? ¡Ni en tus mejores sueños! —Me detuve al llegar a la puerta de mi casa y la señalé—. Esta es.

—Ya te tengo fichada —comentó, medio en broma medio en serio.

—Ahora podrás venir a verme cuando quieras. —Le guiñé un ojo y me eché a reír otra vez—. Gracias por lo de esta tarde, Félix. Me ha venido muy bien para despejarme.

—Gracias a ti por ayudarme. No habría podido con tantos niños yo solo.

Nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro. Di un paso hacia él, recortando las distancias y me puse de puntillas para poder darle un beso en la mejilla. Pero justo entonces una voz que me resultaba muy familiar nos interrumpió.

—¡Elvirita, qué bien acompañada te veo!

Nos separamos y vimos que doña Emilia se acercaba a nosotros, acompañada de su marido. Enarcó ambas cejas y nos dedicó una sonrisa picarona, como si acabara de pillarnos *in fraganti* en mitad de un momento íntimo.

—Usted tampoco va mal acompañada —repliqué, tratando de mantener la compostura—. ¿Dando un paseo antes de la cena?

—Pues sí, hija, que el médico nos ha dicho que el ejercicio a nuestra edad es muy bueno —respondió. Nos miró de arriba abajo y amplió su sonrisa—. Pero os dejo tranquilos. Vosotros seguid a lo vuestro.

—Nosotros no…

—¡Hay que ver que siempre te pillo igual, Elvirita! Igual que con

el Pedrín, ¿eh?

—Ay, doña Emilia, no diga eso que Félix solo me ha traído a casa para que no tuviera que volver sola.

—¡Si es que es todo un caballero! —Empezó a caminar de nuevo y tiró del brazo de su marido para que se pusiera también en marcha—. Pasad buena noche y portaos bien, niños. ¡Mañana a la hora del café nos veremos!

Se alejaron y nosotros los observamos en silencio hasta que desaparecieron en el siguiente cruce.

—Está en todas partes —murmuró Félix, que, al parecer, todavía no se había acostumbrado a la vida en el pueblo, así que seguía sorprendiéndose de esas cosas.

—Sí, es omnipresente. Una especie de Bernarda Alba moderna. Nada de lo que pasa en este pueblo se le escapa.

—Oye, ¿y alguien va a explicarme de una vez que te pasó con «el Pedrín»? —Dibujó comillas imaginarias y yo tuve que morderme el labio para no echarme a reír—. ¿Por qué no para de mencionarlo?

—Es una historia muy vieja. —Traté de quitarle importancia con un gesto, aunque todavía seguía muriéndome de la vergüenza cuando pensaba en lo que sucedió—. Yo tenía unos dieciséis años y acababa de empezar a salir con Pedro, mi primer novio. Estábamos en fiestas, nos escapamos para liarnos entre unos coches en un descampado y, de la nada, apareció doña Emilia cuando él me estaba metiendo mano y yo tenía la falda subida.

—¡No! —Félix lanzó una carcajada, aunque se apresuró a taparse la boca—. Perdona, perdona. Seguro que lo pasaste fatal.

—Oh, sí, sobre todo cuando fue con el cuento a mi madre y ella me castigó sin salir de casa durante el resto del verano porque «¡Qué vergüenza! ¿Qué van a decir en el pueblo de ti?».

—Menuda faena.

—Pues sí, pero siempre he sido una chica de recursos, así que no tardé mucho en averiguar cómo colar a Pedro en mi cuarto por las noches.

—¿Y de eso no se enteraba doña Emilia?

Los dos reímos por su broma y yo negué con la cabeza. Por suerte la mujer solía acostarse temprano, así que por la noche teníamos todos cierta libertad.

Cuando nos calmamos, volvimos a mirarnos, sin saber muy bien qué decir.

—Supongo que tengo que irme —murmuró él, rompiendo al fin el silencio—. Se ha hecho un poco tarde.

—Sí, yo debería entrar.

—¿Te veré mañana?

—Por supuesto. Quiero mi desayuno gratis.

Me puse de puntillas y, por fin, le di el beso en la mejilla. Aunque el sonido de la puerta de mi casa volvió a interrumpirnos antes de que él pudiera reaccionar. En serio, ¿es que en el pueblo no se podía tener un mínimo de intimidad?

—¡Oh, perdonad! —exclamó mi madre. Me giré hacia ella y vi que parecía un poco incómoda. Se había incluso puesto un poco roja—. No quería interrumpiros. Había oído voces y quería ver qué pasaba.

—Félix me ha acompañado para que no tuviera que volver sola —le expliqué—, pero ya se iba.

—Ay, muchas gracias, Félix. —Mi madre no tardó más de unos segundos en recuperar la compostura y dibujar la mejor de sus sonrisas—. ¿Quieres quedarte a cenar en casa? Por las molestias.

—No se preocupe, Rosario —declinó él la invitación, sonriendo con amabilidad también—. Además, no ha sido ninguna molestia. Su hija me ha hecho el favor de venir a ayudarme, así que era lo mínimo que podía hacer.

—Bueno, pero otro día tienes que venir, ¿vale? Antes de que Elvira se vaya a Madrid.

—Prometido. —Félix me miró de nuevo y sonrió—. ¿Hasta mañana entonces?

—Hasta mañana.

Se despidió con un último gesto y se alejó, regresando por el camino que ambos habíamos recorrido hacía apenas unos minutos. Las dos lo observamos en silencio y, en cuanto desapareció, mi madre me dedicó una sonrisa divertida.

—¿Qué? —le pregunté mientras ponía los ojos en blanco.

—Nada, que estabais muy juntitos cuando he abierto la puerta.

—Doña Emilia nos ha visto antes, así que es posible que mañana todo el mundo crea que vamos a casarnos —le conté—. No te asustes si te llama don Celestino para fechar la boda.

—Pues no me importaría que fuera mi yerno.

—Ah, ¿no vas a castigarme otra vez sin salir porque han vuelto a pillarme con un chico? —le pregunté con sorna—. Mamá, ¿qué van a decir de mi ahora en el pueblo?

Ella masculló algo por lo bajo antes de señalar el interior de mi casa.

—Anda, tira para dentro, que ya está la cena casi lista. —Me miró de arriba abajo y frunció el ceño—. ¿Eso que tienes en el pelo es purpurina?

—Mejor no preguntes.

Le di un beso en la mejilla, riendo, y entré a casa. Lo mejor sería darme una ducha y descansar un buen rato. Aunque estaba deseando que llegara ya la mañana siguiente para poder ver de nuevo a Félix.

Capítulo 6

—No me puedo creer que realmente pienses eso.

Félix se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos. Estaba apoyado de lado contra una de las estanterías mientras yo rebuscaba entre las novedades que acababan de llegarle. Me había pasado toda la mañana revisando los libros que estaban a la venta y él, aprovechando que se acercaba la hora de comer y el local estaba tranquilo, se había venido conmigo y llevábamos un buen rato hablando de libros.

—No a todos nos gusta lo mismo —se defendió él—. Y a mí la poesía moderna me resulta aburrida.

—Antes has dicho que era un «sinsentido» y que los que la escribían se limitaban solo a pulsar la tecla del intro en el ordenador —le recordé.

—¿No es así acaso?

—¡Pues no! Y parece mentira que alguien que dice amar la literatura vaya por ahí despreciando la poesía contemporánea de esa manera. —Me giré hacia él y me crucé de brazos—. Tu problema es que crees que estos libros solo sirven para hacerles fotos *aesthetic* en cafeterías monas junto a un café con hielo.

—¡Eso sí que no lo he dicho!

—Pero estaba implícito. —Puse los ojos en blanco sin poder

evitarlo—. Hay de todo, como en los demás géneros, y algunos poetas son muy buenos. Deberías darle una oportunidad.

Él dibujó una pequeña sonrisa, se enderezó y anduvo un par de pasos hacia mí. Cogió uno de los libros que yo había estado hojeando y me lo enseñó.

—¿Me recomiendas este?

—No, espera. —Se lo quité de la mano, volví a colocarlo en su hueco y me dirigí a la sección de poesía que, por suerte, estaba justo al lado. Rebusqué entre los títulos hasta dar con uno que tenía en casa y que me gustaba mucho. Lo saqué y se lo tendí—. Este tiene poemas que me hicieron llorar. Pero tienes que leerlo con calma, tomándote tu tiempo. Esto no es una novela, hay que paladear cada palabra.

Félix, que había comenzado a leer la primera página, levantó de nuevo la mirada y amplió su sonrisa al verme gesticular de forma dramática mientras trataba de hacerle entender que la poesía no era algo que pudiera consumirse a toda velocidad, sino que debía calar y tocar nuestra fibra más sensible. Debía estremecernos, enamorarnos e incluso hacernos sufrir un poco.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

—Te va a encantar, ya lo verás. —Regresé a la sección de novedades y saqué una novela que me llamaba la atención desde que su autora había anunciado la publicación en redes sociales—. ¿Me fías este? Te lo pago mañana, que hoy no me he traído la cartera.

—Sí, tranquila. Ya me contarás qué te parece. Sigo a la autora desde hace tiempo, pero aún no he tenido tiempo de leerlo.

Gracias a aquel comentario, retomamos la charla sobre literatura y seguimos con ella hasta que mi estómago empezó a rugir y nos dio por comprobar la hora que era.

—¡Casi las tres! —exclamé, llevándome una mano a la cabeza—. No me había dado ni cuenta de lo tarde que se ha hecho. Le dije a mi madre que iría a comer.

—Y yo debería haber cerrado hace cuarenta minutos —añadió Félix, que también parecía sorprendido—. Estaba tan entretenido hablando contigo…

—Sí, se nos ha pasado el tiempo volando.

A pesar de todo, nos quedamos quietos en aquel pasillo, con los libros en las manos y sin dejar de mirarnos. Me moría de hambre y

sabía que tenía ya mi plato preparado en casa, pero, aun así, no me apetecía nada marcharme. Quería seguir charlando con él de poesía y de lo que fuera durante el resto del día.

—Tengo que ir a comer algo —comentó él, señalando el final del pasillo—. Abro otra vez a las cuatro y media y, si no me doy prisa, no me dará tiempo a tomarme nada.

Asentí, asumiendo que aquellas palabras eran una forma sutil de echarme del local (algo que, por otra parte, me parecía más que normal porque debería haberlo cerrado hacía ya un buen rato).

—Sí, por supuesto —contesté tras unos instantes—. Recojo mis cosas y…

—Podríamos almorzar juntos —me interrumpió, y yo enarqué una ceja, sorprendida. Él carraspeó y desvió la mirada, súbitamente avergonzado—. Solo si quieres, claro. Si tus padres te están esperando…

—Puedo escribirles para decirles que como fuera —me apresuré a asegurarle. Poco a poco me estaba recuperando de la impresión inicial y no quería dejar pasar aquella oportunidad—. Me apetece mucho, Félix. Pasamos mucho tiempo juntos, pero nunca fuera de la librería.

—Es que me paso aquí muchas horas. —Sonrió y se rascó la cabeza al decir aquello—. Pero quien algo quiere algo le cuesta, ¿no? Esto era mi sueño, lo dejé todo para venir aquí, así que ahora tengo que trabajar mucho para lograr asentarme.

—Lo conseguirás —le aseguré—. La primera vez que oí hablar de este lugar pensé que no tenía ni pies ni cabeza, pero en cuanto entré, cambié de opinión. Así que estoy convencida de que todo te irá muy bien y todas estas horas de trabajo merecerán la pena.

Vi una chispa de emoción en sus ojos, aunque trató de disimularlo con un par de pestañeos rápidos.

—Espero que todo el mundo vea este proyecto con los mismos ojos que tú —respondió por fin. Carraspeó de nuevo y amplió su sonrisa—. ¿Nos tomamos algo entonces?

—No me he traído la cartera —le recordé—. ¿Me lo apuntas con el libro y te lo pago todo mañana?

—Sin problema, Elvira.

Recogí mis cosas, nos pusimos los abrigos y, cuando Félix cerró con llave, anduvimos hacia el bar. En cuanto pasamos al interior,

notamos las miradas de todos los presentes clavadas en nosotros y supe que, otra vez, íbamos a convertirnos en la comidilla del pueblo. Pero me sentía tan a gusto pasando tiempo con él que no podía darme más igual.

Capítulo 7

El tren se detuvo y yo di un pequeño salto, emocionada. Habían pasado casi tres semanas desde que mis padres me habían recogido en aquel mismo lugar, pero mi humor no podía ser más distinto. A pesar de que seguía sin encontrar trabajo y tenía la firme convicción de que mi carrera estaba acabada, aquellos días lejos de la ciudad me estaban sentando de maravilla. Y puede que el dueño de cierta librería-cafetería tuviera bastante que ver con aquello. Félix y yo nos llevábamos mejor cada día, nuestras charlas parecían no tener fin y estaba disfrutando mucho ayudándolo en los talleres. Incluso parecía que me había pegado parte de su espíritu navideño. Me moría de ganas de que llegara la Nochebuena para poder celebrarla con toda mi familia. Y justo por aquel motivo estábamos aquella tarde en la estación.

—¡Ya han llegado! —exclamé, lo que hizo reír a mi madre. Los viajeros comenzaron a bajar de sus vagones y yo me puse de puntillas para poder vislumbrarlo en cuanto pusiera un pie en el andén—. ¡Ahí está!

—¡Elvira, cuidado! —gritó mi madre, aunque yo ya me estaba abriendo paso, casi a empujones, entre los viajeros.

—¡Mateo!

Prácticamente me lancé a los brazos de mi hermano quien, por

suerte, me había visto aparecer, así que había tenido unos segundos para prepararse para el impacto. Ambos reímos y él incluso me levantó unos centímetros del suelo. Llevábamos demasiados meses sin vernos y nos habíamos echado mucho de menos.

—¡Feliz Navidad, hermanita! —me dijo en cuanto nos separamos —. Gracias por venir a recogernos.

—Sí, *danke*, Elvira.

Ava, su novia, acababa de detenerse junto a nosotros y me dedicaba una radiante sonrisa.

—No es nada —contesté mientras le daba dos besos—. Tenía muchas ganas de veros y desearos *«Merry Christmas»*.

—Sabes que así no es como se dice en alemán, ¿verdad? —me preguntó mi hermano, con una de esas sonrisillas suyas dibujada en la cara.

—Sí, pero me habéis entendido perfectamente. —Cogí a cada uno de un brazo y empecé a caminar hacia nuestra madre—. Venga, daos prisa. Papá está aparcado en doble fila, así que tenemos que irnos.

Mi hermano masculló algo en alemán que hizo a Ava reír y que yo preferí ignorar. Probablemente no sería muy agradable y no quería entretenerme más de la cuenta. Teníamos mucho trabajo por delante.

***

Una vez llegamos a casa y Mateo y Ava dejaron las cosas en el cuarto, nos reunimos en el salón, donde ya habíamos dejado todas las cajas con los adornos de Navidad. Poner el árbol y el Belén todos juntos era una tradición familiar y mis padres no estaban dispuestos a renunciar a ella por muy mayores que mi hermano y yo fuéramos.

Así que, en cuanto estuvimos todos listos, empezamos a desempaquetarlas y colocar las cosas por todo el salón. Mateo reparó entonces en la guirnalda de cartulina que había hecho en el taller con Félix y que colgaba de una estantería. La cogió y la miró, extrañado.

—Mamá, ¿todavía guardas estas cosas? ¿No se han estropeado?

—No, cariño, esta es nueva. La hizo tu hermana el otro día.

Él se giró hacia mí, con la sorpresa dibujada en su mirada.

—Vaya, ¿y ese repentino ataque de espíritu navideño de dónde ha salido, hermanita? —me preguntó mientras contenía la risa a duras penas—. No sabía yo que de repente volvíamos a tener cinco años.

—Menos bromas —repliqué, a la defensiva. Incluso me crucé de brazos—. Estuve en un taller el otro día y…

—¿En un taller? —me interrumpió, cada vez más extrañado—. ¿De manualidades?

—Sí, claro —se apresuró a aclararle nuestra madre—. Elvira ha estado ayudando a Félix con sus talleres navideños: de manualidades, cuentos…

—Espera un momento —la interrumpió ahora a ella—. ¿Quién se supone que es Félix? ¿Qué me estoy perdiendo aquí?

—Ay, hijo, pues el chico de la librería-cafetería. Ya te he hablado de él alguna vez.

—Ah, pero ¿ese local sigue abierto? —Parecía realmente sorprendido—. ¿No lo han cerrado ya? ¿De verdad va alguien?

—Sí, tu hermana —contestó nuestro padre, que llevaba un buen rato en silencio peleándose con las luces. Era increíble cómo esos cables se liaban de un año para otro.

—Además, no sé por qué os extraña tanto que haya decidido abrirlo. No había ninguno así cerca —añadió mi madre.

—Pues por algún motivo sería, mamá. ¿Estás segura de que no trafica con droga?

—¿Veis como no era la única que sospechaba? —mascullé yo por lo bajo a pesar de lo mucho que había cambiado mi opinión de Félix desde que llegué.

—Ay, Mateo, deja de decir tonterías. Félix es un muy buen chico. Tu hermana puede dar fe de ello.

Él volvió a mirarme, con las cejas enarcadas, y yo aparté la vista. Notaba las mejillas ardiendo, aunque traté de disimularlo.

—Oh, ¿así que es un buen chico, Elvira?

—Bueno, a ver, a mí me cae bien —dije sin apartar la mirada de los pastorcillos que acababa de desenvolver—. Me paso por su cafetería casi todas las mañanas a gorronear el wifi y tomar café, y lo he estado ayudando con los talleres navideños que ha organizado con el Ayuntamiento porque no tenía nada mejor que hacer. —Mateo asintió, poco convencido, por lo que yo seguí hablando, cada vez más

rápido por culpa de los nervios—. Además, es el que ha organizado el mercadillo navideño y está incluso preparando una fiesta de Navidad. Las chicas quieren ir, así que es probable que nos pasemos un rato después de cenar. Creo que hay incluso un concurso de villancicos.

Dije aquello en tono dubitativo, como si él no me hubiera invitado ya a asistir varias veces y mis amigas no estuvieran como locas por participar. Por desgracia, mi hermano me conocía demasiado bien.

—Pareces muy informada, ¿no?

—No te creas…

—¡Uy, te has olvidado del concurso de casitas de jengibre! —acudió al rescate mi madre, que debía haber notado mis nervios y las ganas de molestarme de Mateo. Después de años viéndonos reñir, sabía cuándo se avecinaba una pelea—. Ese se celebra el día 23 y todos tenéis que echarme una mano porque quiero que la mía sea la ganadora.

—Qué fuerte es todo esto. —Mateo rio y negó con la cabeza—. No me puedo creer que de verdad parezca que estamos en una comedia romántica navideña.

—Es bonito. —Ava me dedicó una sonrisa comprensiva—. *Ich liebe*… eh, a mí me gusta mucho la Navidad. En *Deutschland* los mercadillos navideños son *sehr*… muy típicos.

—Creo que este no puede compararse con los de Alemania, aunque no está mal. Yo era muy escéptica cuando llegué, pero me ha sorprendido —comenté, todavía con la vista fija en los pastorcillos. De repente aquellas figuritas me parecían lo más interesante del mundo.

Mi hermano me observó durante unos instantes, tratando de descubrir qué le estaba ocultando. Yo lo miré de reojo y me encogí de hombros, un poco sonrojada de nuevo. No era el momento de hablar de aquello, ya lo pondría al corriente más tarde, cuando estuviéramos los dos solos. Por suerte, él me entendió a la primera y asintió. Teníamos una conversación pendiente.

Seguimos trabajando todos juntos en la decoración hasta que tuvimos la casa más que lista. Era una auténtica pena que no hubiera un concurso de salones navideños porque el nuestro se habría llevado el oro sin duda. Mi madre contempló nuestra obra, emocionada, y nos abrazó a Mateo y a mí al mismo tiempo.

—Qué alegría teneros a los dos en casa —murmuró—. Van a ser

unas Navidades preciosas, ya veréis.

Yo sonreí y le devolví el abrazo con fuerza. Estaba segura de que tenía razón.

***

Aquella noche, cuando todos se acostaron, Mateo y yo nos reunimos en el patio de casa y nos sentamos en el poyete, bajo un par de mantas, como cuando éramos adolescentes y queríamos hablar de nuestras cosas sin que nuestros padres se enteraran.

—Así que llevas unas cuantas semanas por aquí, ¿no? —me comentó como quien no quiere la cosa, a pesar de que los dos sabíamos que aquella sería una charla seria—. ¿Cómo lo llevas?

—Bien —respondí de forma escueta.

—Elvira, venga, que nos conocemos —insistió él—. Lo del concurso fue muy fuerte. Vi todos los comentarios en redes, los artículos en los periódicos… ¿Cómo lo llevas de verdad?

Guardé silencio unos instantes. Notaba su mirada quemándome, así que fijé la mía en la manta y comencé a jugar con la esquina, tratando de armarme de valor para responder.

—No está siendo fácil —murmuré al final—, pero podría ser peor, supongo. Me borré la cuenta de Twitter para dejar de leer insultos y parece que poco a poco la gente se va olvidando del tema. Aunque me está costando bastante encontrar trabajo. Nadie quiere en su equipo a la chica que se cargó la final de *Misión Éxito*, por lo que me dan con la puerta en las narices. Además, no puedo tirar de contactos. Mis amigos de la carrera no me pueden echar una mano, no quieren arriesgarse con sus jefes. Así que veo el futuro un poco negro ahora mismo. Pero irá amainando el temporal. O eso espero, al menos. Estas semanas me están viniendo bastante bien para desconectar y pensar.

—¿Pensar? ¿En qué?

—Pues no sé, Mateo, en cosas. ¿Tú nunca piensas?

—Meh, a ratos solo.

Los dos reímos por la broma y yo incluso le di un pequeño codazo en las costillas.

—Ahora en serio —insistí cuando nos calmamos—. Estaba bastante preocupada cuando llegué. Temía tener que quedarme aquí para siempre y odiaba mi vida, pero ya veo la luz al final del túnel. Aunque siguen sin llamarme y me rechazan los currículos en todas partes. Y no será porque no mando. Félix te lo puede confirmar: me paso toda la mañana en la cafetería redactando correos y enviándolos a todo el mundo en el sector.

—Otra vez el famoso Félix…

Enarcó una ceja al decir aquello y yo tuve que contener otra carcajada.

—Mateo, no me mires así que no ha pasado nada entre nosotros. — No quería que mi hermano sacara conclusiones apresuradas que podían no llevarnos hacia ninguna parte, así que me mordí la lengua para no decirle que cada día estaba más a gusto con él y que a una parte de mí no le importaría que pasara algo más—. Es verdad que doña Emilia cree que estamos liados y que las chicas me han insinuado alguna vez que le gusto y que incluso a mamá le parece el chico ideal para mí, pero, de momento, somos solo amigos.

—Solo amigos, pero vas a verlo todos los días…

—Porque me invita a desayunar.

—Ah, ¿te invita a desayunar todas las mañanas? —Aquella situación parecía divertir mucho a mi hermano, que aguantaba la risa a duras penas—. Una forma un poco rara de llevar un negocio, ¿no?

—Lo hace solo porque lo estoy ayudando con los talleres —me apresuré a justificarme.

—¿Y por qué lo estás ayudando, Elvira? Y quiero la verdad, no una mala excusa como la de antes.

—Pues porque… —Dudé unos instantes. No estaba muy segura de cómo terminar aquella frase para no seguir delatándome a mí misma —. Porque estaba solo, necesitaba ayuda y, como el Ayuntamiento no le paga mucho, hicimos un trato: él me invitaba a desayunar y yo me pasaba a echarle una mano con los niños. Total, tampoco tengo nada mejor que hacer. Me paso las tardes viendo novelas turcas con mamá. Además, me lo paso bien.

—Bueno, no suena mal. Parece un buen tío, aunque lo de abrir una librería-cafetería en un pueblo en mitad de la nada sigue pareciéndome muy extraño.

—A mí también, pero, lo creas o no, van bastantes clientes —dije, frunciendo el ceño—. Doña Emilia, por ejemplo, va todas las tardes a tomarse el café y por las mañanas pasa mucha gente a tomar algo, comprar algún dulce o simplemente a saludar. Yo tampoco creía que un negocio así prosperaría en el pueblo, pero él se ha adaptado muy bien y a los vecinos les cae genial, así que creo que eso lo ha beneficiado.

—Sí, puede ser —me dio la razón él—. Supongo que Ava y yo nos pasaremos por allí mañana por la mañana.

—Ah, ¿sí? —Di un pequeño salto, nerviosa de repente. Aquello no me daba buena espina—. ¿Por qué?

—Pues para conocer al famoso Félix, ¿no? Ya que todos habláis maravillas de él… ¡Tendré que ponerle cara al menos!

—Ya, pero tampoco hace falta que le hagas ningún interrogatorio…

—Yo no he hablado de ningún interrogatorio, Elvira.

—¡Venga, que nos conocemos!

—Solo quiero pasarme por allí para conocer a ese chico que parece que os tiene a todos locos —insistió Mateo.

—No digas tonterías. A mí no me tiene loca —me defendí—. Simplemente nos llevamos bien.

—Ya, claro. Eso dices siempre y luego… ¡mira lo que pasó con Pedro!

—Ay, de verdad, dejad todos de mencionarme a Pedro que han pasado muchos años de eso. —Resoplé y me eché el pelo hacia atrás y él rio—. En serio, doña Emilia lo menciona cada vez que me ve y he tenido incluso que contarle la historia a Félix porque no paraba de preguntar qué era lo que había pasado y por qué doña Emilia me lo recordaba tanto.

—Pobrecita. —Mateo me pasó un brazo sobre los hombros y yo me dejé abrazar—. Si es que eras una adolescente muy rebelde.

—¿Yo? ¡Ni la mitad que tú! Al menos no me escapaba por la ventana cuando estaba castigada…

—No, tú colabas a tu novio en casa, que era peor aún —me recordó él.

—Ya, desde luego. La cantidad de quebraderos de cabeza que le hemos dado a papá y mamá.

—Eso es verdad.

Los dos reímos y yo me acurruqué un poco más. Estaba muerta de frío. Debíamos estar bajo cero y aquella manta no era suficiente para estar a la intemperie.

—Oye, creo que me voy a volver dentro. Dejé de notar los dedos de los pies hace un rato y creo que voy a sufrir una hipotermia —murmuré. Me incorporé un poco y le dediqué una pequeña sonrisa—. Y tú también deberías. No queremos que pilles un resfriado y te pases todas las vacaciones moqueando.

—Sí, tienes razón. Aunque este tiempo no es nada comparado con el de Alemania.

—No, si ya veo que te has aclimatado muy bien. —Los dos volvimos a reír por aquel comentario, aunque yo no pude evitar suspirar—. Te he echado mucho de menos. Tenía ganas de verte.

—Y yo a ti, pequeñaja. Van a ser unas Navidades geniales. Además, estoy deseando verte participar en el concurso de villancicos que organiza tu «querido amigo».

Protesté por el retintín en su voz, lo que lo hizo reír de nuevo. Yo bufé. ¿Por qué no me creía cuando le decía que Félix y yo éramos solo amigos? ¡Ni siquiera nos había visto juntos!

—¿Es que no podéis dejarme tranquila?

—Uy, Elvirita, no sabes la que te espera.

Mateo se puso de pie, me dio un beso en la frente y, sin dejar de reír, regresó al interior de la casa. Yo no tardé en imitarlo. Lo mejor sería ponerme a resguardo antes de coger un resfriado que me arruinara el resto de las vacaciones.

Capítulo 8

Abrí la puerta de la librería-cafetería de un empujón y me precipité al interior, todavía tratando de recuperar el aliento. Félix me miró desde el otro lado del mostrador con el ceño fruncido, sin entender qué sucedía.

—Siento mucho lo que está a punto de pasar —le dije antes de que pudiera preguntarme—. Lo siento muchísimo, en serio.

La puerta volvió a abrirse y Mateo, que me había seguido corriendo, entró al local. Yo suspiré y le dediqué una mirada de disculpa a Félix, que seguía sin entender de qué iba todo aquello.

—¡Buenos días! —saludó Mateo con energía. Dio un par de pasos hasta el mostrador y le tendió la mano—. Encantado de conocerte por fin, Félix. He oído hablar mucho de ti.

—Claro, encantado —respondió él. Le estrechó la mano, aún con la vista fija en mí—. Eh, esto… ¿Quién eres?

—Es el idiota de mi hermano —le aclaré yo—. Te he hablado de él alguna vez, ¿te acuerdas?

—Ah, claro. Mateo, ¿verdad? —Félix por fin lo miró, con una sonrisa educada dibujada en la cara—. Un placer. Tu hermana habla mucho de ti.

—Ha insistido en venir a desayunar aquí esta mañana con… —Me giré y abrí mucho los ojos al darme cuenta de que estábamos los tres

solos en el local—. ¡Mierda, Ava!

Mateo se giró también y comprobó que, efectivamente, su novia no había entrado a la cafetería con nosotros.

—Pero si venía conmigo.

—Seguro que la pobre se perdió cuando empezaste a perseguirme.

—¡Te pusiste a correr! —se excusó él—. No es mi culpa.

—No, si encima será culpa mía y todo. —Puse los ojos en blanco y me crucé de brazos—. Tendrás que ir a buscarla, ¿no?

—¿Por qué no vas tú?

—¿Porque es tu novia, quizás?

—Venga, Elvira, hazme el favor. Así yo voy echándole un vistazo a la carta, que ahora tendré que traducírsela.

—Tengo algunas copias en inglés, si las necesitáis —intervino Félix al tiempo que paseaba la vista entre ambos, sin saber muy bien qué hacer.

Mateo, que no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer, siguió mirándome hasta que capitulé y accedí a ir a por su novia. Solo esperaba que no le dijera nada fuera de lugar a Félix en mi ausencia.

Les prometí que volvería en un par de minutos y salí del local para buscar a Ava. Por suerte no tardé demasiado en dar con ella, sentada en uno de los bancos de la plaza. Estaba escribiendo algo en su móvil, así que no me vio hasta que estuve prácticamente a su lado. Me sonrió y se puso de pie mientras yo recorría los últimos metros.

—Perdona, Ava —le dije—. Creíamos que nos seguías.

—*Kein Problem* —respondió, todavía sonriendo a pesar de que la habíamos dejado tirada en un pueblo que no conocía demasiado bien —. Pensé que aquí me… eh, ¿verían?

—Sí, exacto. —Asentí—. Es un buen lugar. Si te pierdes, ven siempre aquí y alguien te ayudará, ¿de acuerdo?

Ava asintió y las dos comenzamos a caminar de vuelta hacia la librería-cafetería. Ella me miraba de reojo, un poco dubitativa, y yo adiviné su pregunta antes de que la formulara siquiera.

—Elvira, ¿ese *Mann* y tú…? —Junto los índices de ambas manos, tratando de hacerme entender si estábamos juntos.

—No, somos solo amigos —me apresuré a aclararle—. Pero Mateo es muy pesado y quiere enterarse de todo.

Ella asintió de forma comprensiva. Estaba segura de que, después

de casi cuatro años saliendo con mi hermano, estaba más que acostumbrada a su cabezonería.

Cuando entramos al local, vimos que los dos chicos charlaban de forma amistosa sobre el pueblo y sus respectivos planes para Navidad.

—Sí, yo también voy a pasar estas fiestas con la familia —oí que decía Félix—. De hecho, mi madre llega mañana y ya no se irá hasta que pase el día de Reyes.

—¿Al final le han dado las vacaciones? —le pregunté, atrayendo su atención. Me apoyé en la barra al lado de mi hermano y sonreí—. Mateo, ¿por qué no os sentáis y vais pensando qué queréis? Yo iré en un minuto.

Él titubeó unos instantes, pero finalmente decidió ser buen hermano y marcharse. Apoyó una mano en la cintura de Ava de forma cariñosa, aunque ella le dijo algo en alemán que no sonó muy amable. Él, no obstante, sonrió y le dio un beso en la frente antes de guiarla hasta unos de los sofás al fondo de la cafetería.

—He intentado avisarte —murmuré a Félix en cuanto estuvieron sentados y supe que no podían oírme—. Llegó anoche, oyó hablar de ti con todo esto de las actividades navideñas y no he podido retenerlo en casa. No sé qué te ha dicho, pero, por si acaso, lo siento mucho.

—No te preocupes, Elvira. —Él le quitó importancia con un gesto mientras comenzaba a prepararme el café—. Me ha parecido muy simpático.

—Tiene sus momentos, pero, en serio, no le hagas mucho caso —insistí—. Los treinta le han sentado fatal.

—¡Eh, te he oído! —protestó mi hermano que se había acercado al mostrador sin que nos diéramos cuenta.

—Estábamos manteniendo una conversación privada —repliqué —. No seas cotilla.

—Disculpa, pero yo venía a pedir y me he encontrado con este ataque tan gratuito hacia mi persona.

Le hice burla y los dos nos echamos a reír. Félix nos miraba con ternura y esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Qué os pongo entonces? —le preguntó.

—Un café con leche, un té verde, una tostada de tomate y aguacate y un *bagel* de beicon y huevo, por favor.

—Genial. ¿Y algo dulce? Venga, que os invito al trozo de tarta que

queráis por ser vuestra primera vez aquí.

—Creo que esa no es una buena forma de llevar un negocio. —Mateo enarcó ambas cejas al decir aquello—. Entre los desayunos gratis de mi hermana y esto… La gente tiene la manía de cobrar por su trabajo, ¿sabes? Deberías probarlo.

Félix rio ante aquel comentario y le quitó importancia con un gesto.

—Siempre intento tener detalles con los clientes. Así es como consigues que vuelvan.

—No es mal plan, supongo. —Mateo relajó el gesto por fin y sonrió—. Ponnos un trozo de bizcocho de chocolate. ¿Tú ya has pedido, Elvira?

—Félix ya sabe lo que quiero, tranquilo.

Me puse roja al terminar de decir aquello y darme cuenta de cómo habían sonado aquellas palabras. Esperaba que mi hermano no fuera tan malpensado como yo. Pero, por desgracia, sí que lo era y no tardó en dejármelo claro.

—Podría hacerte tantas bromas con eso…

—Pero no vas a hacer ninguna porque no quieres que me chive a mamá. —Lo cogí del brazo y apreté con un poco de fuerza—. ¿Necesitas ayuda para llevar las cosas, Félix?

—No, tranquila. Ve a sentarte y disfrutad de este desayuno en familia.

Tiré de Mateo para alejarlo de la barra y lo arrastré de vuelta a la mesa, donde Ava nos estaba esperando. Una vez sentados, él sonrió de lado y paseó la mirada entre Félix, que preparaba nuestra comanda, y yo.

—Creo que doña Emilia tiene razón: haríais buena pareja.

—Ay, por favor, Mateo, no intentes ir de casamentero tú también. —Lo amenacé con un dedo y bajé un poco el tono de voz antes de añadir—: Si pasa algo entre Félix y yo, será porque ambos queramos y no porque todos insistáis. ¿Te ha quedado claro?

—¡Sí, señora!

Chisté para que bajara la voz y él lanzó una carcajada. Parecía que aquella situación le estaba encantando y yo solo rogaba para que no decidiera hacer ningún comentario durante aquellas fiestas que pudiera estropear mi relación con Félix. Y cualquier cosa que pudiera

pasar.

Capítulo 9

—¿Estáis seguros de que lo llevamos todo?

Puse los ojos en blanco al escuchar a mi madre preguntar aquello por decimoquinta vez. Llevaba todo el día de los nervios por culpa de aquel concurso de casitas de jengibre. Se había pasado horas encerrada en la cocina, horneando hasta lograr las galletas perfectas con las que poder montar la estructura. Aunque, por suerte para ella, no había estado sola. A Ava le encantaba cocinar, así que, en cuanto la había visto sacar los utensilios de repostería, se había ofrecido voluntaria para echarle una mano. Mateo y yo, sin embargo, nos habíamos pasado el día intentando escaquearnos con malas excusas: que si íbamos a estropearlo todo, que si no necesitaban más manos, que si estábamos muy ocupados… Pero no nos había quedado más remedio que rendirnos, ya que incluso nuestro padre se había unido a aquel peculiar equipo de cocina nada más regresar del trabajo.

—Que sí, mamá, tranquila —respondí—. Aunque deberíamos salir ya. Félix me ha dicho que van a ser bastante puntuales y no quiero que te descalifiquen por llegar tarde.

—¿Eso no es trato de favor? —preguntó Mateo mientras terminaba de empaquetar la casita para que no le pasara nada en el trayecto hasta el centro cultural—. A ver si van a descalificar a mamá pero por enchufada.

—No digas esas cosas ni en broma, hijo —intervino ella con una pequeña sonrisa—. Además, estoy segura de que Félix será un jurado totalmente imparcial que no intentará beneficiarme por mucho que quiera estar a bien con su hermana.

—¡Y dale Perico al torno! —exclamé—. Pero que somos solo amigos.

—Elvira, yo solo he dicho que quiere estar a bien contigo, no que esté enamorado —replicó ella. Yo me sonrojé sin poder evitarlo al darme cuenta de que, con aquellos comentarios, me estaba poniendo en evidencia a mí misma—. Esta vez lo has insinuado tú solita.

—Venga, vámonos ya que no llegamos —insistí, ignorando su comentario.

Con mucho cuidado, mi hermano cogió la caja y yo el plato de galletas (que debíamos llevar para que el jurado pudiera probar la masa sin destrozar la casita) y todos salimos. Recorrimos las calles del pueblo saludando a unos y otros vecinos, que también se dirigían hacia el centro cultural. Al parecer el concurso había levantado un gran revuelo, como casi todo lo que Félix estaba organizando.

Cinco minutos antes de que diera comienzo la competición, llegamos al local anexo al ayuntamiento, que hacía un par de años se había habilitado para celebrar cualquier tipo de eventos. Tacharon el nombre de mi madre de la lista de participantes y la condujeron hasta una mesa en la que había un cartel con su número.

Aprovechamos los minutos que nos quedaban antes de que llegara el jurado para sacar la casita de su envoltorio y ultimar los detalles. Mi madre quería que la presentación fuera perfecta, así que todos nos esforzamos al máximo para conseguirlo. Algunos vecinos, curiosos, se acercaron hasta nuestro estand para cotillear un poco. Incluyendo a algún competidor.

—Vaya, Elvirita, no sabía que ayudabas a tu madre —comentó doña Emilia al tiempo que evaluaba con la mirada nuestra casita—. Espero que el jurado no tenga favoritismos…

—¿Pero no es la alcaldesa su ahijada? —repliqué a la defensiva—. A ver si la van a favorecer a usted…

Mi madre me dio una pequeña patada bajo la mesa y yo protesté.

—Estoy segura de que serán totalmente imparciales y ganará la mejor —contestó ella, con su mejor sonrisa, como si no acabara de

golpear a su propia hija.

Doña Emilia asintió, también sonriendo, y por fin se marchó. Yo me giré hacia mi madre y la miré, indignada, pero ella se limitó a negar con la cabeza.

—Ha empezado ella —me defendí— y, además, no he dicho ninguna mentira.

—Yo estoy de acuerdo —intervino Mateo. Yo sonreí, agradecida por su apoyo—. Ha venido aquí insinuando que Elvira se ha liado con Félix para que ganes el concurso, mamá.

—¡Pero que no me he liado con él!

Cambié el gesto por completo y me crucé de brazos. Toda la gratitud que había sentido momentos antes por mi hermano se había evaporado por completo. Por suerte para él, no tuve tiempo de decirle nada. El reloj marcó las ocho y, puntuales como un reloj, los miembros del jurado entraron al salón. Se hizo el silencio más absoluto mientras ellos se acercaban al centro para dar el discurso de inauguración que daría comienzo a la competición. Félix me buscó con la mirada y sonrió en cuanto me encontró. Yo le devolví la sonrisa, aunque me obligué a no dedicarle ningún gesto para no despertar de nuevo las burlas de mi hermano.

—¡Buenas noches a todos! —saludó la alcaldesa. Contempló la habitación con orgullo. Prácticamente todo el pueblo se había congregado allí para averiguar qué casita sería la ganadora—. Es un placer para mí daros a todos la bienvenida al primer concurso local de casitas de jengibre. —Todos empezamos a aplaudir y ella amplió su sonrisa, cada vez más motivada—. Muchas gracias tanto a los participantes como a los asistentes. No esperábamos este recibimiento y os lo agradecemos de corazón.

Siguió hablando, explicando la mecánica del concurso: el jurado (compuesto por ella misma, Félix, Asun —que era la dueña de la panadería— y, como miembro invitado, la madre de Félix —a la que yo aún no había tenido el placer de conocer—) se pasaría por las mesas y valoraría tanto el montaje y la decoración como el sabor de las galletas. Después, todos se reunirían para deliberar y nombrarían a su ganador, que recibiría un lote de productos locales y la gloria de ser proclamado el primer vencedor del concurso. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo al escuchar aquello. Casi tenía *flashbacks* de

guerra.

Una vez dio el discurso por terminado, volvimos a aplaudir y los cuatro comenzaron su ruta, hablando con todos los candidatos y anotando, en sus libretas, las puntuaciones correspondientes.

Cuando por fin llegaron a nuestra mesa, un buen rato después, yo ya empezaba a estar de los nervios. No tenía interés en ganar aquel concurso, pero tanta incertidumbre estaba a punto de acabar conmigo.

—¡Qué equipo tan bonito, Rosario! —exclamó Asun nada más detenerse frente a nosotros—. Me alegra mucho que hayáis hecho esto en familia.

—Mi nuera ha sido quien más me ha ayudado, pero mi marido, Mateo y Elvira también me han echado una mano —confesó mi madre.

—¿Elvira? —La madre de Félix se giró hacia él, que se sonrojó—. ¿Esta es la famosa Elvira?

Noté las miradas de toda mi familia y de gran parte de los presentes fijas en mí y, esta vez, fue mi cara la que se puso totalmente roja. Aunque intenté disimularlo.

—Vaya, ¿soy famosa? —comenté, tratando de sonar despreocupada a pesar de que sentía un pellizco en el estómago.

—Sí, es que como eres mi mejor clienta…

—Pero si no te paga nunca —le recordó Mateo, al que le estaba costando aguantar la risa—. ¿Cómo va a ser tu mejor clienta? Si te cuesta dinero tenerla allí todas las mañanas.

Félix se quedó mudo, sin saber qué responder, y yo bajé la cabeza para que nadie se diera cuenta de lo sonrojadas que estaban mis mejillas en aquel momento. Sentía la cara a punto de explotar.

La madre de Félix rio al escuchar a mi hermano y le dedicó una mirada cómplice a su hijo, aunque no añadió nada más. Era evidente que era una buena persona que se merecía solo cosas maravillosas por no hacernos pasar aún más vergüenza.

—Bueno, vamos a juzgar qué tal está esta casita —murmuró la alcaldesa, atrayendo nuestra atención hacia lo que era verdaderamente importante.

Los cuatro observaron el montaje y la decoración y probaron las galletas de muestra que habíamos llevado. Anotaron cosas en sus libretas, pero no nos dijeron nada. Aunque la sonrisa con la que se

marcharon me decía que no les había disgustado precisamente.

—Encantada de conocerte, Elvira —me dijo la madre de Félix en cuanto los demás se hubieron alejado un poco—. Espero verte estos días por la cafetería.

—Seguro que sí —contesté con amabilidad, aunque sintiendo de nuevo aquel pellizco. No sabía por qué pero conocer a aquella mujer me había puesto de los nervios—. Encantada de conocerla también.

Se despidió con un gesto y regresó con los demás. Yo suspiré, dejando caer los hombros hacia delante, al menos ya había pasado aquello.

—¿Intentando ganarte a tu suegra? —me preguntó por lo bajo mi hermano.

—Muy gracioso.

Nuestra madre suspiró entonces de forma dramática, atrayendo nuestra atención. Nos giramos para mirarla y yo incluso enarqué una ceja. No entendía qué le pasaba. Era evidente que al jurado le había gustado mucho su casita, así que no sabía a qué venía aquella cara tan larga.

—Ahora todos creerán que he ganado solo porque Félix y tú estáis tonteando —se quejó.

—¡Que somos solo amigos!

Mi hermano y mi padre rieron ante mi indignación y mi madre siguió lamentándose, por lo que decidí que lo mejor sería darme una vuelta con Ava por el local hasta que el jurado diera el veredicto. Así al menos me libraría de sus risas durante un rato.

***

Después de casi una hora, el jurado por fin terminó de valorar las casitas y se reunió para la deliberación. Ava y yo regresamos a nuestra mesa y aguardamos allí, junto al resto de la familia, hasta que la alcaldesa regresó, seguida de los demás, y llamó la atención de todos los presentes.

—En primer lugar, me gustaría felicitaros a todos por vuestro trabajo —comenzó su discurso—. Todas las casitas eran maravillosas,

así que nos ha costado mucho tomar esta decisión. Pero, sin más dilación, vamos a anunciar a la ganadora. —Guardó silencio durante unos segundos para aumentar la tensión y yo incluso me incliné un poco hacia delante—. ¡La casita número 27! Enhorabuena, Rosario.

Mi madre dio un pequeño grito, emocionada, y abrazó a mi padre mientras comenzaba a saltar. A pesar de todas las bromas que había hecho sobre su victoria, estaba extasiada por haberlo logrado. Se acercó rápidamente al centro del local, donde habían dejado la cesta, y se hizo fotos estrechándoles la mano a todos los miembros del jurado y recogiendo su premio.

Mi hermano y yo la observábamos, riendo. Era bonito verla tan emocionada por algo, así que suponía que el rato que nos había obligado a pasar en la cocina había merecido la pena. Mi mirada se encontró entonces con la de Félix, que también parecía muy feliz por aquella victoria. Me guiñó el ojo y yo, sin pensar, le devolví el gesto. Sabía lo que dirían de nosotros por todo el pueblo al día siguiente y que habría muchos que, como doña Emilia, hablarían de favoritismos en el concurso (siendo sincera, incluso yo creía que nuestra relación podía haber influido en el resultado). Pero en aquel momento, viendo a mi madre disfrutar así de su merecido triunfo, me daba exactamente igual.

Capítulo 10

El día de Nochebuena era siempre un auténtico jaleo en mi casa. A pesar de que nunca comíamos allí, porque el chalet de mi tía era mucho más grande, mi madre se ofrecía a llevar muchísima comida y se pasaba el día de los nervios metida en la cocina.

Yo, por suerte, logré escaquearme aquella mañana. Aprovechando que mi madre había apresado a Ava y Mateo y no los dejaba sentarse ni un segundo, me escabullí y pedí asilo político en la librería-cafetería. Como todo el mundo estaba demasiado ocupado con los preparativos para aquella noche, nadie entró al local y Félix se pasó varias horas sentado conmigo, charlando y contándome los detalles de la fiesta que se celebraría a partir de la medianoche y a la que, al parecer, iban a asistir todos los jóvenes de la comarca, ya que había convencido a los dueños de los dos únicos pubs de la zona de poner barras en el local en lugar de abrir sus bares.

—No he visto tu nombre en la lista de participantes del concurso de villancico —me comentó, lo que hizo que estuviera a punto de atragantarme con el café—. ¿No vas a deleitarnos con tus maravillosas dotes interpretativas? Aún estás a tiempo de inscribirte.

—Ni loca.

Isa y Cati llevaban semanas insistiendo en aquello. Decían que sería muy divertido y que, con un poco de suerte, podríamos llevarnos

el premio. Pero yo, que sí que era consciente de nuestras limitadas habilidades musicales, me había negado en rotundo. Mi dignidad no se vendía tan barata.

—¿Pero por qué no? —siguió insistiendo él—. Lo pasaríamos todos genial.

—Oh, no, créeme. Os estoy haciendo un favor al no subirme a ese escenario, en serio.

—¿Tan mal cantas?

—Aún peor. —Me llevé una mano a la frente con dramatismo y él sonrió—. No sé cómo la ducha me soporta.

—No será para tanto…

—Bueno, pues vente un día y así podrás comprobarlo. —Abrí mucho los ojos al darme cuenta de lo que acababa de decir. Félix me miraba con una ceja enarcada y no pude evitar sonrojarme. A ver cómo arreglaba aquello para que no sonara tan mal—. Con ropa, evidentemente.

—¿A la ducha con ropa? —me preguntó él, haciéndome ver lo ridículo de mis palabras.

—Claro, ¿no lo has probado nunca? Así te ahorras poner la lavadora.

Sonreí de forma nerviosa. Era consciente de que lo único que hacía era enrarecer aún más el ambiente, pero, por suerte, él no se lo tomó mal ni le dio demasiada importancia. Se limitó a negar con la cabeza y sonreír, como si realmente hubiera dicho algo divertido.

—Pero vendrás a la fiesta al menos, ¿no? —Cambió de tema y yo estuve a punto de abrazarlo, aliviada porque ya no podría seguir metiendo la pata—. Lo pasaremos bien.

—Sí, eso sí —contesté mucho más tranquila—. He quedado ya con algunos amigos que están aquí pasando las fiestas y probablemente también se apunten Mateo, Ava y algunos de mis primos, así que vendremos después de la cena.

—¿Cenáis todos juntos?

—Sí, en casa de mi tía como cada año —le aclaré—. ¿Tu madre y tú cenáis solos? ¿No viene nadie más?

—Somos una familia pequeña. —Se encogió de hombros como si hubiera contestado ya aquella pregunta cientos de veces y estuviera más que acostumbrado—. Pero siempre lo pasamos bien, aunque mi

madre cocina demasiado, así que acabamos comiendo sobras hasta Nochevieja.

—¿En serio? —Reí sin poder evitarlo y él asintió al tiempo que me devolvía la sonrisa—. Ayer me pareció muy simpática.

—Tú también le caíste muy bien.

Quise preguntarle si habían hablado de mí después del concurso, aunque acabé por morderme la lengua en el último momento. Casi que prefería no saberlo porque si aquella mujer le había hecho a su hijo la mitad de comentarios que a mí mi familia…

La puerta se abrió por primera vez en toda la mañana y Félix se apresuró a levantarse y regresar tras el mostrador. Yo apuré mi bebida y comprobé en mi reloj que era casi la hora del almuerzo. Suspiré. Sabía que no me quedaba más remedio que volver y que, una vez pusiera los pies en el recibidor, no volvería a sacarlos hasta que saliéramos hacia casa de mi tía.

Aunque, al menos, aquella noche nos esperaba una buena fiesta para celebrar la Navidad por todo lo alto.

***

La cena transcurrió con tranquilidad y mis tíos no hicieron tantos comentarios sobre mi metedura de pata como había temido. Tomamos una cantidad ingente de comida, rememoramos las mismas anécdotas de siempre y cotilleamos sobre todo lo que había sucedido en el pueblo en los últimos meses. Además, como la mujer de uno de mis primos estaba embarazada de casi ocho meses, acaparó gran parte de la atención de todos los presentes. Todo discurrió con normalidad hasta que Mateo hizo algo que no me había visto venir.

—¡Familia, un minuto de atención! —pidió cuando ya estábamos tomándonos el postre. Dio un par de golpes en su copa de champán para que se hiciera el silencio—. Tengo una noticia muy importante que daros y me gustaría hacerlo ahora que estamos todos juntos.

Vi a mi madre contener el aliento y llevarse una mano a la boca, emocionada por lo que ya todos imaginábamos que iba a suceder. Mateo pidió con un gesto a Ava que se pusiera también de pie y los

dos entrelazaron sus dedos, sin dejar de mirarse y sonreír como si no hubiera nadie más en la habitación y estuvieran completamente solos. Ella susurró algo en alemán que hizo que mi hermano riera y la besara antes de girarse de nuevo hacia la mesa y anunciar, con la mejor de sus sonrisas, la gran nueva.

—Ava y yo lo hemos estado hablando y hemos decidido que… ¡vamos a casarnos!

Las reacciones no se hicieron esperar. Un auténtico vendaval de abrazos, besos y felicitaciones se desató en el salón. Yo me levanté de un salto y abracé a mi cuñada, que estaba justo a mi lado. Le di la enhorabuena en español y en alemán y las dos nos pusimos a reír. Sabía que tarde o temprano aquello pasaría. Ava y Mateo llevaban ya muchísimo juntos, se entendían bien y conseguían capear cualquier temporal, así que aquel era el paso obvio. Y yo me alegraba mucho por ellos.

—¡No puedo creerme que no me lo hayas contado antes! —acusé a Mateo. Levanté un dedo de forma amenazadora incluso, aunque él ni se inmutó y se limitó a lanzar una carcajada y abrazarme—. Me alegro muchísimo por vosotros, en serio.

Después de aquello, brindamos varias veces y hablamos de los futuros planes de boda hasta que se hizo tarde y «la juventud» decidió salir de fiesta y dejar a sus padres viendo el típico especial de Nochebuena y comiendo turrón en casa.

Nos repartimos en un par de coches y nos encaminamos hacia el pueblo. Por el camino, revisé el grupo de mis amigos, en el que había varios mensajes. Algunos decían que ya estaban listos, por lo que me apresuré a responder que yo también y que nos veríamos directamente en la fiesta. Por suerte, no tardamos demasiado en llegar. Aparcamos los coches en un descampado cercano y anduvimos hasta el local, que ya había comenzado a llenarse.

Una vez dentro, mi hermano y Ava fueron hacia la barra para pedir algunas bebidas y yo comencé a buscar a mis amigos. Aunque no fue precisamente con ellos con quienes me encontré.

—¡Elvira, menos mal que estás aquí! —Félix, que había salido de la nada, se abalanzó sobre mí y me agarró del brazo—. Ha ocurrido un imprevisto tremendo y necesito tu ayuda.

—Sí, claro, ¿qué pasa? —pregunté, alarmada. Por su nerviosismo

deducía que se trataba de algo grave.

—El técnico de sonido no puede venir y necesitamos que alguien se encargue de la música durante la competición de karaoke —me explicó—. ¿Podrías hacerlo tú? Entiendes de estas cosas, ¿no?

Fruncí el ceño sin poder evitarlo. A pesar de que más o menos sabía cómo funcionaban las mesas de sonido, nunca había utilizado una.

—Yo no soy técnico —le recordé.

—Lo sé, pero eres la única persona de por aquí que ha trabajado en algo relacionado —insistió él. Parecía realmente desesperado—. Por favor, Elvira, te invitamos a copas gratis toda la noche.

—Deberías dejar de darme comida y bebida gratis para convencerme de hacer cosas, ¿sabes? —repliqué, conteniendo la risa a duras penas—. Mi hermano tiene razón: no es la mejor forma de llevar un negocio.

—Es que eres mi única opción.

Félix hizo un puchero y yo me eché a reír, incapaz de aguantar más tiempo seria. Aunque no estaba segura de que aquello fuera una buena idea, acabé por asentir. Probablemente yo sabría más de aquello que él, así que lo mejor sería echarle una mano para que no acabara por romper la mesa. Estaba segura de que a la alcaldesa no le haría ninguna gracia tener que comprar otra nueva.

Me condujo hacia ella y yo me pertreché, lista para enfrentarme a aquel reto. Me crují los nudillos mientras observaba los controles y trataba de recordar lo que había visto hacer a los técnicos con los que había trabajado.

—Esta es la lista de canciones —me dijo, pasándome un folio lleno de nombres—. Si quieres podemos practicar antes de que empiece el concurso.

—Sí, será lo mejor —murmuré, con la vista aún fija en todos aquellos botones.

Él cogió uno de los micros y se subió al escenario para explicar lo que había sucedido y yo aproveché para hacer algunas pruebas: cambiar la canción, subir y bajar el volumen del micrófono y de la música… Al principio metí un poco la pata, pero tras unos cuantos minutos y pulsar varias teclas, logré hacerme más o menos con el control.

Félix me hizo un gesto para saber si estaba lista y yo confirmé levantando el pulgar. La suerte ya estaba echada y solo esperaba no estropear también aquel momento.

La primera pareja participante del concurso se subió al escenario con el fuerte aplauso de todos los presentes que, a pesar de haber llegado hacía menos de una hora, ya parecían bastante *contentos*. Me concentré al máximo para que no hubiera fallos y, al final, conseguí que su actuación sonara de forma bastante decente (teniendo en cuenta sus limitadas habilidades vocales).

El resto de concursantes fue pasando por el escenario y yo, cada vez más confiada, fui cambiando de canción hasta que solo quedó una en la lista. Bufé sin poder evitarlo al leer los nombres y darme cuenta de que Isa y Cati habían decidido apuntarnos al final.

—¡Y ahora es el turno de Isa, Cati y… Elvira! —Félix se giró hacia mí y sonrió—. ¡Un fuerte aplauso para ellas!

Mis amigas se acercaron rápidamente. Cada una me agarró de un brazo y comenzaron a tirar de mí, aunque yo anclé los pies con fuerza al suelo y me resistí.

—¡No pienso subir! —les grité—. Os dije que no iba a participar. ¡Qué vergüenza!

—Venga, Elvira —insistió Isa—. Por favor, hazlo por nosotras.

—¡Sí, lo vamos a pasar genial!

—¡Que no, pesadas! —Me revolví, tratando de soltarme de su agarre, pero me sujetaban con tanta fuerza que no lo logré—. Cantad las dos solas.

—Pero será más divertido si lo hacemos las tres. —Cati dibujó un puchero que me hizo poner los ojos en blanco—. Porfa, Elvira. Solo tendrás que hacer los coros.

Quise volver a negarme, pero llegaron los refuerzos y enseguida me vi rodeada de un montón de gente que me instaba a subir al escenario a desafinar (porque a lo que yo hacía nadie podía llamarlo cantar).

—Tienes que hacerlo —me dijo Mateo, que había empezado a empujarme y estaba logrando alejarme de la mesa—. Venga, por mí. Será mi regalo de compromiso.

—Eso es chantaje —protesté—. ¡No puedes pedirme algo así!

—Claro que sí. De hecho, ya lo estoy haciendo. —Empezó a

hacerme cosquillas y yo me retorcí sin poder evitarlo, facilitándole la tarea de llevarme al escenario—. No puedes negarte, Elvirita.

—Te odio —mascullé. Parecía más que evidente que no iba a poder librarme de aquello—. No pienso ir a tu boda.

—Por supuesto que vendrás. —Mateo me colocó delante de un pie de micro y sonrió—. ¡A darlo todo, hermanita!

Contuve un suspiro mientras Isa y Cati se colocaban a mi lado. Los primeros acordes de *Last Christmas* comenzaron a sonar (aunque no estaba muy segura de cómo porque no sabía quién se había quedado a cargo de la mesa). Cerré los ojos en cuanto empecé a tararear. Prefería no ver las caras de horror de todos los presentes cuando me oyeran.

Mis amigas, sin embargo, parecían estar pasándoselo en grande. Cantaban a gritos e incluso daban saltos que hacían retumbar todo el escenario. Al darme cuenta de que nadie nos abucheaba, y que algunos de los presentes incluso nos animaban, me atreví a abrir los ojos. Paseé la mirada por la sala. Era evidente que todos estaban lo suficientemente borrachos como para pensar que lo estábamos haciendo medianamente bien y, por eso, no habían intentado ya bajarnos de allí. Seguí escaneando el local hasta que, de repente, mis ojos se encontraron con los de Félix, que me observaba con una pequeña sonrisa dibujada en sus labios y una expresión que no lograba descifrar. Me sonrojé sin querer y me equivoqué con la frase que tocaba, lo que lo hizo reír. Aunque ni siquiera por eso cambió su gesto. Me miraba como si, a pesar de mis gallos, estuviera haciendo la actuación del siglo. Le guiñé un ojo y él volvió a reír, provocándome una estampida de mariposas por todo el cuerpo.

—¡Muchas gracias a todos!

La voz de Cati me sorprendió. Estaba tan concentrada en Félix que ni siquiera me había dado cuenta de que la canción había acabado. Las tres bajamos del escenario y seguimos con la fiesta. Poco después anunciaron a los ganadores del concurso que, evidentemente, no éramos nosotras, pero a mis amigas no pareció importarles demasiado. Se lo estaban pasando tan bien que nuestra desastrosa participación se había convertido ya en una mera anécdota.

La fiesta no terminó hasta prácticamente al amanecer. A eso de las siete y media, Félix cortó por fin la música y los pocos supervivientes que seguían por allí se retiraron a sus hogares. Aunque yo decidí

quedarme para ayudarlo a recoger. Quería arrancarle los últimos minutos a la noche antes de separarme de él. Me despedí de mis amigos (mi hermano, Ava y el resto de mis primos se habían marchado ya hacía rato) y me apresuré a echar una mano.

Cuando acabamos, Félix insistió en acompañarme a casa, a pesar de que ya era de día y vivía a apenas un par de calles de allí. Yo no me hice de rogar y le dejé hacerlo. Me había acostumbrado a aquellos paseos que compartíamos de vez en cuando y me apetecía uno aquella mañana de Navidad. Quería seguir robándole al tiempo todos los segundos posibles.

—Muchas gracias por toda tu ayuda, Elvira —me dijo él mientras deambulábamos por las calles despacio—. Eres la mejor, en serio. No sé cómo agradecértelo.

—No tienes que hacerlo —respondí, quitándole importancia con un gesto—. Me lo he pasado muy bien esta noche.

—¿Incluso cuando te han obligado a cantar?

Me eché a reír y negué con la cabeza.

—Entonces no demasiado, aunque creo que no lo hemos hecho tan mal, ¿no? Al menos no nos han tirado los hielos.

—A mí me ha gustado mucho —confesó él—. Estabas muy guapa en el escenario. Siempre le echas valor a la vida, a pesar de que sé que te estabas muriendo de la vergüenza.

Nos detuvimos al darnos cuenta de que ya estábamos en la puerta de mi casa. Yo lo observé de arriba abajo con descaro y él se encogió de hombros. Parecía un poco avergonzado por su confesión, aunque a mí no me había molestado en absoluto. Me gustaba saber que creía que estaba guapa a pesar de todo y que iba pisando con fuerza allá por donde iba.

—Gracias por acompañarme —murmuré.

—Es lo mínimo que podía hacer.

Guardamos silencio unos segundos, sin saber muy bien qué más decir, cómo alargar aquella despedida que ya parecía inevitable.

—Lo mejor será que entre —dije, señalando la puerta—. Debería dormir algo antes del almuerzo.

—Sí, yo también. —Él asintió y dio un paso algo dubitativo hacia mí—. Feliz Navidad, Elvira.

Apoyó una mano en mi cintura y yo me acerqué un poco para

poder darle dos besos pero, justo cuando movimos las caras para poder darnos el segundo, ambos nos detuvimos a medio camino. Desvié la mirada hacia sus labios, que estaban tan cerca de los míos que casi podía notarlos. De repente sentía una atracción irresistible, una fuerza que tiraba de mi boca hacia la suya y que me impedía alejarme de él. Noté cómo Félix contenía la respiración, probablemente tratando de asimilar también lo que estaba sucediendo y lo que estaba a punto de pasar porque aquella fuerza parecía tirar cada vez más y más de nuestros cuerpos, entre los que ya no quedaba espacio. Incapaz de resistir más y guiada por un impulso repentino que no sabía muy bien de dónde había salido, me puse de puntillas y lo besé. Fueron apenas unos segundos, pero los suficientes para que una corriente eléctrica me recorriera de pies a cabeza.

Cuando nos separamos, nos quedamos mirándonos, todavía muy cerca el uno del otro.

—Elvira…

—Feliz Navidad a ti también, Félix —lo interrumpí. No sabía muy bien qué decir sobre lo que acababa de suceder y prefería dormir un poco antes de enfrentarme a cualquier posible conversación—. Buenas noches.

Él, que pareció entender perfectamente por qué hacía aquello, asintió y dio un par de pasos hacia atrás rompiendo, al fin, aquella atracción que nos unía. Los dos esbozamos sendas sonrisas y nos despedimos con un gesto de la mano.

Lo mejor sería meditar aquello con la almohada.

Capítulo 11

Félix y yo pasamos un par de días sin vernos. Él aprovechó el festivo para cerrar todo el fin de semana y yo decidí emplear aquel tiempo para poner en orden mis ideas, que estaban bastante revueltas después de lo que había pasado junto a mi casa.

No obstante, el lunes por la mañana, a la hora de siempre, me puse un vestido bonito y fui a tomarme el desayuno. Me detuve en el umbral de la librería-cafetería, un poco dubitativa. Quizás debería haberlo llamado antes de presentarme allí para evitar un momento incómodo. ¿Y si él no quería verme? ¿Y si había estado también dándole vueltas al beso y se arrepentía? A lo mejor solo lo había hecho por la emoción del momento, porque era la mañana de Navidad y nos habíamos pasado la noche en una fiesta.

Pero ya no podía echarme atrás. Félix levantó la mirada del mostrador y nuestros ojos se encontraron. Suspiró, como si verme lo hubiera aliviado, y yo esbocé una pequeña sonrisa antes de, por fin, abrir la puerta y pasar.

—Hola —lo saludé con cierta timidez.

Cerré con cuidado y di dos pasos hacia el frente. Paseé la mirada por el local, algo incómoda, aunque me alivió ver que estaba vacío. No sabía qué pasaría, pero prefería no tener testigos.

—Hola —me respondió él, atrayendo mi atención de nuevo hacia

el mostrador—. No sabía si vendrías hoy.

—¿Y perderme mi desayuno gratis? —Félix sonrió al escuchar mi comentario y yo me encogí de hombro—. Ni pensarlo. Además… creo que tenemos que hablar de lo que pasó cuando nos despedimos el otro día.

—Sí, estoy de acuerdo. Hoy está esto muy tranquilo, así que, si te parece, te preparo el desayuno, me pongo un café y lo discutimos con tranquilidad.

Asentí y me dirigí hacia una de las mesas del fondo para esperarlo. Me quité el abrigo, me acomodé en el sofá y aguardé los cinco minutos más largos de mi vida (bueno, no fueron los más largos, pero entraron, desde luego, directamente al top cinco) hasta que llegó. Colocó todo en la mesa, dejó la bandeja en la de al lado y se sentó frente a mí, guardando una distancia prudencial.

Nos pasamos unos cuantos segundos en silencio, mirándonos fijamente el uno al otro, sin saber muy bien por dónde empezar. Bebí un sorbo de mi café con chocolate, tratando de reponer energías para lo que pudiera venir.

—Elvira, lo del otro día no… no lo tenía planeado —se atrevió por fin a decirme—. No así al menos.

—¿A qué te refieres?

No pude disimular mi curiosidad. Dejé la taza sobre la mesa y me eché un poco hacia delante, centrando toda mi atención en él.

—Creo que es bastante evidente que me gustas. Me llamaste la atención desde el primer momento que te vi, así que alguna vez he pensado en invitarte a salir —me confesó—, pero no quería hacerlo hasta tener claro si tú también estabas interesada en mí o si solo me veías como un amigo. Así que ese beso fue algo totalmente imprevisto.

—Para mí también lo fue. No sé qué me pasó, ni por qué lo hice, pero, de repente, no pude resistirme.

—¿Quiere eso decir que te arrepientes?

—¡No, claro que no! —me apresuré a aclararle—. No lo había planeado, pero me gustó mucho. Y la verdad es que creo que dejé de verte solo como a un amigo hace tiempo, aunque no me atrevía a admitirlo. Estoy muy a gusto cuando estamos juntos y… no sé, Félix, a lo mejor deberíamos salir a cenar una noche. Llevo todo el fin de semana tratando de poner en orden mis ideas y lo único que he sacado

en claro es lo mucho que me apetece salir contigo. Si a ti te parece bien, claro está.

—Sí, ¡por supuesto! La cena suena bien. —Él asintió. Parecía mucho más tranquilo al saber que no había metido la pata y, siendo totalmente sincera, yo también lo estaba ahora que sabía que él no se arrepentía de nuestro beso—. Podríamos coger el coche, salir del pueblo para escaparnos de miradas indiscretas y tomar algo con calma, charlar un rato… Ya sabes, lo normal.

—Suena bien y me gusta lo de salir de aquí. Ya hay bastantes rumores sobre nosotros, así que me gustaría evitar un «escándalo».

—Estuve no hace mucho en una venta a las afueras en la que comimos muy bien. —Se levantó de su sofá y se sentó a mi lado—. Podemos llamar para que nos reserven una mesa para mañana por la noche.

—¿Mañana por la noche? ¿Tantas ganas tienes de salir conmigo?

Sonreí con picardía y me acerqué un poco más a él, que se sonrojó un poco.

—O podemos dejarlo para más adelante —comentó, apartando la mirada con nerviosismo—. A lo mejor prefieres aprovechar para estar con tu familia. No sé cuándo se marcha tu hermano, pero quizás…

—Mateo no se va hasta el tres de enero y, además, creo que en casa podrán prescindir de mí un rato —contesté mientras contenía la risa a duras penas. Félix estaba muy mono cuando se sonrojaba—. ¿Y tu madre?

—Se queda hasta Reyes y estoy seguro de que también podrá pasar unas cuantas horas sin mí.

—Pues haz entonces esa reserva y salgamos a cenar mañana.

Nos quedamos quietos, mirándonos. No me había dado cuenta hasta entonces de lo cerca que estábamos el uno del otro. Félix había apoyado una mano en el respaldo del sofá, por detrás de mi espalda. Me deslicé ligeramente hacia él hasta que nuestros costados estuvieron pegados y sus dedos rozaron mi hombro. Lo vi tragar saliva y bajar la mirada hacia mis labios.

—Está bien —consiguió murmurar, todavía con la vista fija en ellos—. Voy a…

Hizo ademán de levantarse, pero yo se lo impedí. Lo agarré de la muñeca y él me miró con el ceño fruncido, sin comprender muy bien

qué sucedía.

—No tenemos prisa, ¿no? —dije. Me encogí de hombros mientras fingía una sonrisa inocente—. No creo que vayan a quedarse sin mesas.

Félix me miró de arriba abajo, aunque por fin pareció darse cuenta de mis intenciones. Sonrió también y volvió a sentarse.

—Supongo que no. —Bajó la vista de nuevo hacia mis labios y yo me mordí el inferior—. Podemos seguir hablando.

—O…

No terminé la frase. Incapaz de aguantar ni un segundo más, terminé de recorrer la distancia que nos separaba y lo besé. Félix apoyó una mano en mi mejilla y la recorrió lentamente con el pulgar, lo que me animó a alargar aquello. Era más que evidente que los dos nos teníamos muchas ganas.

—Elvira —murmuró él entre besos—, cualquiera podría… podría vernos… aquí.

Sonreí sin poder evitarlo. Acababa de tener una idea brillante.

—Uy, cierto. Tendremos que solucionar eso.

Casi sin separarme de sus labios, lo agarré de la camiseta y tiré hacia uno de los pasillos, para que nadie pudiera vernos desde la entrada. Apoyé su espalda contra la estantería, me puse de puntillas y lo besé de nuevo. Él me pasó los brazos alrededor de la cintura. Me atrajo un poco hacia sí, apretándome con más fuerza. No había ni un milímetro de distancia entre nosotros, aunque ninguno de los dos parecía tener quejas.

No sé muy bien cómo pasó, pero de repente era mi espalda la que estaba contra las baldas. Félix bajó un poco los brazos para posarlos bajo mi culo y me ayudó a impulsarme hacia arriba. Enredé las piernas alrededor de sus caderas y sonreí en mitad del beso.

—Oye, yo no venía con esta intención esta mañana… —comenté mientras él recorría mi cuello con los labios—. ¿No se supone que estás trabajando?

—Tranquila, eres la única que se ha pasado hoy por aquí. Están todos descansando después de las fiestas y...

Y justo entonces, como si lo hubiéramos invocado, escuchamos la puerta de la calle abrirse y varios pasos en la entrada.

—¿Qué decías?

—Mierda —masculló él, haciéndome reír—. Para qué hablaré…

Me bajó al suelo y se dirigió hacia el mostrador, aún estirándose la camiseta. Yo aguardé unos segundos antes de asomarme para ver quién nos había interrumpido.

—¡Cómo no! —mascullé.

Doña Emilia estaba sentándose junto a su cuñada en una de las mesas de la entrada. Yo me peiné con los dedos y salí de entre las estanterías, tratando en vano de no llamar su atención.

—Ay, Elvirita, no sabía que estabas aquí —comentó. Me miró de arriba abajo, probablemente tratando de averiguar lo que había pasado antes de su llegada—. No te he visto al entrar.

—Estaba buscando un libro —respondí, tratando de quitarle importancia y sonar convincente—. He venido a desayunar, como siempre.

Ella desvió la mirada hacia la mesa, en la que seguía nuestra comida a medio terminar, y amplió su sonrisa.

—Creo que os hemos interrumpido…

—Para nada, doña Emilia. ¿Interrumpir? ¿Usted? Nunca.

Félix, que llegaba con sus cafés, tuvo que contener la risa al escucharme decir aquello. Dejó las tazas en la mesa con la mejor de sus sonrisas, como si no hubiera pasado nada, y me acompañó a la mesa para terminar su bebida.

—Es increíble lo de esta mujer —murmuró para que solo yo pudiera oírlo—. ¿Crees que nos ha puesto cámaras?

—Creo que tiene ojos hasta en la nuca —contesté también en voz baja—, pero no pasa nada: ya terminaremos esto en otro momento.

—Dalo por hecho. —Él apuró el contenido de su taza de un sorbo y se puso de pie—. Te escribo cuando haya reservado la mesa.

Félix regresó detrás del mostrador y yo acabé mi desayuno con calma, a pesar de que notaba los ojos de doña Emilia observándome de vez en cuando.

En cuanto terminé, recogí mis cosas y dejé la mesa. Me despedí de mi vecina y su cuñada con la mano y le guiñé un ojo a Félix mientras le decía, con un gesto casi imperceptible, que hablaríamos más tarde. Él asintió y me devolvió el guiño con un súbito descaro que me hizo reír.

Tenía muchas ganas de saber cómo acabaría aquella cena.

Capítulo 12

Esperaba dando vueltas por el salón, como si volviera a ser una adolescente histérica por su primera cita. Félix ya me había escrito para decirme que estaba saliendo de su casa, así que debía estar al llegar. Y yo me estaba muriendo de los nervios.

El claxon de un coche resonó y di un pequeño salto que le provocó una carcajada a mi hermano.

—¡Qué poco caballeroso! —exclamó mientras fingía indignación —. ¿Toca la bocina en vez de venir hasta tu puerta? Emily Gilmore tendría algo que decir sobre esto…

—Por suerte, Emily Gilmore no está por aquí —repliqué. Me puse el abrigo y me dirigí con paso rápido hacia la entrada—. Seguramente volveré tarde, así que no me esperéis despiertos.

—Vaya y yo que pensaba quedarme aquí sentado para hacerte un interrogatorio…

Lo fulminé con la mirada y él se echó a reír. Por muchos años que pasaran, siempre seguiría siendo el mismo adolescente que disfrutaba molestando a su hermana pequeña cuando quedaba con algún chico.

Salí a la calle y sonreí al ver a Félix en su coche. Di un pequeño golpe en la ventanilla y lo saludé con la mano antes de abrir la puerta.

—¿Se puede?

—Por favor. —Señaló el asiento del copiloto, devolviéndome la

sonrisa—. Estás muy guapa.

Le quité importancia con un gesto, como si no me hubiera pasado cerca de una hora decidiendo qué ponerme para la cita y le hubiera cogido prestado el vestido a Ava. Me quité el abrigo y lo dejé en los asientos traseros antes de sentarme y abrocharme el cinturón.

—Tú también lo estás —comenté. Llevaba una camisa verde sencilla y unos pantalones vaqueros que le sentaban muy bien—. ¿Listo para nuestra cita?

—Siempre.

Arrancó de nuevo y partimos rumbo a la venta que, por lo que me habían contado mis padres, habían abierto hacía solo unos meses. No dijimos mucho durante el trayecto, aunque, por suerte, tampoco tardamos en llegar. Félix aparcó el coche en el primer hueco libre que encontró y los dos entramos al restaurante, donde ya tenían nuestra mesa preparada. Nos acomodamos al lado de una romántica chimenea que le daba un aspecto muy acogedor a la sala. Un camarero se acercó para dejarnos las cartas y tomar nota de las bebidas y prometió volver pronto para apuntar nuestra comanda.

—¿Qué me recomiendas? —le pregunté a Félix mientras paseaba la mirada por la lista de tapas y platos—. Nunca he comido aquí, así que no sé qué está bueno.

—Nosotros compartimos un par de raciones de carne y unas cuantas tapas —me comentó. Bajó su carta para poder mirarme directamente—. A mí me gustó mucho el montadito de panceta con huevo de codorniz.

—No suena mal. —Asentí lentamente—. ¿Quieres una ración de croquetas?

—¿De jamón o de cocido?

—De las dos, la duda ofende.

Félix rio ante mi comentario, pero no puso ninguna objeción. Me sugirió compartir también unas patatas bravas y, cuando el camarero regresó, pedimos nuestra cena y, por fin, nos relajamos.

—¿Qué tal va la búsqueda de trabajo? —me preguntó él entonces —. ¿Te han contestado ya?

—Ni siquiera la Navidad parece haberlos ablandado. —Suspiré al decir aquello y Félix rio—. A este ritmo no volveré nunca a Madrid, aunque, si te soy totalmente sincera, ya no lo echo tanto de menos.

—¿En serio?

—En serio —afirmé—. Al principio temía tener que quedarme aquí para siempre, pero ahora hay una parte de mí a la que no le importaría demasiado hacerlo. Sé que es difícil encontrar trabajo de lo mío en la zona, pero podría probar suerte en alguna cadena local o incluso empezar algún proyecto aquí en el pueblo. Es que me siento… bien. Estoy pasándolo muy bien estas vacaciones: con mi familia, con mis amigas, contigo. Hacía años que no disfrutaba de tanta tranquilidad. Así que, a esa parte de mí, no le importaría nada quedarse para siempre en el pueblo. Aunque tendría que redecorar mi cuarto primero porque no puede representarme menos.

Félix me miraba sonriendo de forma comprensiva. Él era un enamorado de los pueblos y la calma, por lo que podía entender mejor que nadie cómo me sentía en aquel momento. Además, también sabía lo que implicaba un cambio de vida de semejante magnitud. Al fin y al cabo, había decidido dejarlo todo atrás y mudarse en medio de la nada para cumplir su sueño de fundar una librería-cafetería.

—Eso suena bien —comentó finalmente.

—¿Redecorar?

—No, lo de vivir aquí. —Carraspeó y tomó un sorbo de su vaso de agua antes de continuar—. Me encantaría seguir invitándote a desayunar todas las mañanas.

—Y a mí me encantaría que siguieras haciéndolo —respondí con sinceridad. Ir a tomarme el café con él se había convertido en parte de mi rutina diaria y no quería ni pensar en dejar de hacerlo. En ninguna otra cafetería me tratarían así.

El camarero regresó justo entonces con nuestra cena. Dejó los platos sobre la mesa y nosotros cambiamos el tema de conversación hacia otro un poco menos trascendental.

Pasamos el resto de la noche charlando de forma distendida y riendo. Estábamos tan entretenidos que no fuimos consciente del paso del tiempo hasta que vimos cómo empezaban a recoger el local. Miré entonces la hora en mi móvil y abrí los ojos, sorprendida. Era casi medianoche.

—Es tardísimo —murmuré. Miré a los camareros, que estaban empezando a lanzarnos miradas poco amistosas, y no pude evitar sonrojarme—. Creo que va siendo hora de irnos.

—Sí, eso parece. —Félix, que acababa de percatarse también de aquellas miradas, asintió—. Si no nos marchamos ya, no podremos volver nunca.

Pagamos la cuenta y salimos de la venta, aunque nos quedamos frente al coche, mirándolo sin saber muy bien qué hacer. Al parecer no era la única a la que no le apetecía que aquella cita terminara tan pronto.

—Aquí cerca hay un mirador con unas vistas espectaculares —le comenté de forma casi distraída, como si no tuviera segundas intenciones—. Si no estás muy cansado, podemos ir. Puedo llevarte, aunque debo admitir que hace bastante que no conduzco.

—Me fío de ti, tranquila. —Sacó las llaves del bolsillo del pantalón y me las tendió—. Vamos a ver las estrellas.

Nos montamos en el coche y yo me pasé un par de minutos regulando los espejos y el asiento y comprobando dónde estaban todos los controles. El mirador estaba a apenas 500 metros de allí, pero no quería arriesgarme a sufrir un accidente. Cuando me sentí preparada, me abroché el cinturón, giré la llave en el contacto y metí primera, con un poco de miedo por si se me calaba. Como en Madrid no necesitaba el coche, estaba bastante desentrenada, pero esperaba poder llegar al mirador sin incidentes. Por suerte, no se me caló y conseguí ponerlo en marcha con bastante suavidad.

Conduje en tensión hasta el mirador que, como era lógico por la hora y por ser día de diario, estaba vacío, y aparqué con cuidado.

—Tenías razón: es muy bonito —susurró Félix, con la vista fija en el cielo estrellado—. Son unas vistas preciosas.

—No conozco ningún lugar en el que haya más estrellas que aquí —contesté yo, aunque desvié la mirada para clavarla en él. Me giré hasta quedar de lado y me apoyé en el costado—. Me encantaba venir en verano con mis amigas cuando éramos adolescentes. Nos tumbábamos en el suelo, nos bebíamos un par de botellas de tinto y divagábamos sobre la vida y todo lo que nos depararía el futuro.

Él se giró también. Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, con los ojos fijos en los míos.

—¿Y acertasteis?

—En absoluto. —Notaba el corazón latiéndome con fuerza e incluso me costó tragar saliva. Estábamos tan cerca que casi podía

sentir su respiración—. Pero era divertido.

Esta vez fue él quien terminó de recorrer la escasa distancia que nos separaba. Se acercó y posó sus labios en los míos, con una mano apoyada en mi mejilla. Yo me aferré a él y simplemente me dejé llevar.

Sin dejar de besarlo, comencé a acariciar los botones de su camisa. Sentía la tentación de ir desabrochándolos uno a uno, pero me contuve. No quería que las cosas se precipitaran. Aun así, no pude evitar empujarlo un poco para que apoyara de nuevo la espalda en su asiento y, con cuidado de no golpearme ni bajar por accidente el freno de mano (eso sí que habría sido un auténtico desastre en aquel momento), me subí a su regazo. Seguimos besándonos cada vez de forma más apresurada, más impaciente. Parecía evidente que los dos queríamos ir a más, aunque, antes de que todo se descontrolara, Félix me detuvo.

—Aquí no, Elvira —murmuró mientras trataba de recuperar el aliento. Aún tenía sus brazos estrechando mi cintura, pegándome a su cuerpo como si tuviera miedo de que no fuera más que una ilusión que pudiera desvanecerse de un momento a otro—. Así no.

Asentí al tiempo que le acariciaba las mejillas con dulzura.

—Está bien. —Lo besé de nuevo para que supiera que no pasaba nada y sonreí—. Se ha hecho un poco tarde, así que deberíamos volver. Mañana madrugas.

—Sí, tienes razón. ¿Quieres conducir tú o…?

—No, por Dios —lo corté antes de que pudiera terminar la pregunta, lo que lo hizo reír—. Te cedo el puesto.

Tuvimos que bajarnos del coche para poder intercambiar los asientos, pero, una vez lo logramos, nos abrochamos los cinturones y regresamos al pueblo. Félix me dejó de nuevo en la puerta de mi casa. Paró el motor y se giró para mirarme mientras yo trataba de alargar aquella despedida fingiendo comprobar algo en mi bolso.

—Lo he pasado muy bien esta noche —me comentó— y sé que es un poco pronto porque ni siquiera te has bajado del coche, pero ¿te gustaría quedar otro día?

—Vaya, ¿tantas ganas tienes de salir de nuevo conmigo que no has podido esperar ni cinco minutos? —pregunté con cierta sorna, haciéndolo reír. Me uní a sus carcajadas y asentí—. Me encantaría,

Félix. Yo también me lo he pasado muy bien.

—Genial, pues concretamos detalles la próxima vez que vengas a la cafetería.

—Dentro de unas horas me tendrás de nuevo allí, tranquilo.

Nos besamos una última vez y, casi a regañadientes, salí del coche. Félix esperó hasta que abrí la puerta de casa, así que me despedí con un gesto antes de entrar. Suspiré sin poder evitarlo. Solo tenía ganas de que fuera por la mañana para poder verlo de nuevo.

—¡Por fin vuelves, hermanita!

La voz de Mateo me sobresaltó mientras todavía trataba de echar la llave. Me giré y no pude evitar poner los ojos en blanco al verlo sentado en una silla en la entrada de casa e iluminado con una linterna.

—Shh, baja la voz —le reñí—. ¿Qué se supone que haces aquí? Os dije que no me esperarais despiertos.

—¿Qué clase de hermano mayor sería si no cuidara de mi hermana pequeña? —A pesar de que apagó la linterna, pude ver su sonrisa burlona. Se puso de pie y se acercó a mí—. ¿Qué tal ha ido la cita?

—Muy bien —confesé—. Hemos estado cenando y viendo las estrellas en el mirador.

—Oh, claro, todo el mundo va allí a «ver las estrellas».

—¡No seas malpensado! —Le di un pequeño golpe en el brazo, aunque, en lugar de molestarlo, aquel gesto pareció divertirlo mucho —. No ha pasado nada.

—¿No necesitas entonces ayuda para colarlo en casa? —preguntó con sorna. Parecía que aquella situación le resultaba entretenidísima —. Puedo distraer a papá y mamá si has perdido práctica.

—No la he perdido, tranquilo —repliqué a pesar de que hacía al menos ocho años que no subía a nadie a mi cuarto a escondidas—, pero no me hace falta. Nos lo estamos tomando con calma, ¿sabes?

—Oh, qué monos.

—¿No tienes sueño?

—No, esto es mucho más divertido que dormir. —Me pinchó en el costado y yo protesté—. A lo mejor podemos hacer una boda doble. ¡Ahorraríamos dinero!

—No digas tontería, Mateo. ¿Qué parte de «nos lo estamos

tomando con calma» es la que tú no has entendido?

—La de la calma.

—Pues, fíjate, algunos a veces queremos ir despacio —dije, como si aquello hubiera sido idea mía y no me hubiera quedado con ganas de terminar lo que Félix y yo habíamos comenzado en el coche—. Venga, es tardísimo. ¿Pero tú no te habías acostumbrado ya al horario alemán? No entiendo qué haces dando vueltas a estas horas en lugar de estar durmiendo.

Pero ni por esas me dejó tranquila. Mi hermano siguió persiguiéndome y molestándome con sus comentarios hasta que le di las buenas noches y le cerré la puerta de mi dormitorio en las narices. En cuanto escuché sus pasos alejarse por el pasillo, me dejé caer de espaldas en la cama y por fin dejé que una pequeña carcajada se me escapara. Mateo era un caso perdido y, aunque a veces me sacaba de quicio, me alegraba tenerlo por casa.

Me quedé quieta unos instantes rememorando la cita e imaginando lo que podría haber pasado en el coche si hubiéramos seguido. Negué con la cabeza. Lo mejor sería ponerme el pijama y meterme en la cama para descansar, así que me obligué a levantarme, me cambié de ropa en tiempo récord para no quedarme helada y me acosté. Aunque las imágenes que me había imaginado no dejaban de pasearse por mi cabeza haciendo que cada vez me costara más concentrarme en coger el sueño. Pensaba en cómo habría sido poder quitarle la camisa, en sus manos acariciando cada rincón de mi cuerpo… y fue la mía la que, casi sin pretenderlo, se deslizó entre mis piernas. Me mordí el dorso de la otra mano para acallar un pequeño gemido y decidí que lo mejor sería simplemente dejar que la imaginación fluyera para poder relajarme un rato.

Aunque estaba segura de que, cuando aquello pasara en la realidad, sería incluso mejor que en la ficción.

Capítulo 13

Estaba terminando de vestirme para ir a desayunar con Félix cuando recibí una llamada que ya pensé que no recibiría. *Esa* llamada.

—¿Diga?

—Buenos días —saludó una voz femenina al otro lado de la línea —. ¿Es usted Elvira Carrasco?

—Sí, pero no estoy interesada en cambiarme de compañía de teléfono —respondí al tiempo que resoplaba. ¿Tan temprano y ya intentando venderme cosas?—. Lo siento mucho.

—No soy de ninguna compañía —replicó la mujer, molesta por mis palabras—. Te llamo porque nos ha llegado tu currículum y tenemos un puesto de última hora que cubrir. Quizás esto sí que te interese.

—¡Sí, claro! —me apresuré a decir. Menos mal que no me había dado por colgar directamente—. Por supuesto que me interesa

—¿No quieres escuchar primero las condiciones?

La voz de mi interlocutora sonó sorprendida y a mí se me escapó una risita nerviosa que, esperaba, ella no se tomara demasiado mal. Estaba tan emocionada por aquella llamada y tan desesperada por encontrar trabajo que ni siquiera había pensado en eso.

—Sí, por supuesto. Cuéntame.

Aguardé mientras ella me explicaba que habían tenido una baja

repentina y necesitaban a alguien más para cubrir la retransmisión de ni más ni menos que las campanadas de Fin de Año. Me dijo que tendría que incorporarme de forma inmediata, por lo que tendría que estar en Madrid al día siguiente, pero me aseguró que, si todo iba bien, me ofrecerían un contrato de seis meses. El sueldo no era nada del otro mundo, pero estaba dispuesta a aceptarlo si me permitían volver al mundillo. Así que le dije que sí que estaba interesada, contesté unas cuantas preguntas que me hizo a modo de breve entrevista y, una vez quedó conforme, le di los datos para que pudieran darme el contrato a la mañana siguiente.

Cuando colgamos, me quedé unos segundos inmóvil, con la vista fija en la pantalla del móvil, tratando todavía de asimilar lo que acababa de pasar. Después de tanto tiempo enviando correos e intentando recuperar el hueco que tanto me había costado hacerme, parecía que por fin lo había logrado.

Di un salto y me dejé caer de espaldas en la cama. Le di un beso al teléfono antes de abrazarlo, exultante. Tenía que ir a contárselo a Félix, iba a alegrarse muchísimo por mí después de verme sufrir durante tantas mañanas de búsqueda infructuosa. Y entonces caí en la cuenta de aquello. Tenía que ir a contárselo a Félix y decirle que debíamos posponer nuestra segunda cita de forma indefinida porque, una vez que me fuera, tardaría en volver. Por muy a gusto que estuviera en el pueblo, al final pasaría lo de siempre e iría solo un par de veces al año y eso nos complicaría bastante las cosas. Dudaba que pudiera pasar algo más entre nosotros si regresaba a Madrid.

—Joder.

Di incluso una patada en el suelo. Menuda mala sincronización.

***

Félix me recibió con una sonrisa en cuanto me vio entrar en la cafetería, aunque no tardó en mudarla al darse cuenta de que yo no se la devolvía. Frunció el ceño y salió de detrás del mostrador para poder hablar conmigo sin que nadie nos escuchara.

—¿Estás bien? —me preguntó casi en un murmullo—. ¿Ha pasado

algo?

—Más o menos. —Suspiré y señalé una mesa algo alejada—. ¿Tienes un minuto? Sé que hay unos cuantos clientes, pero me gustaría contarte una cosa.

—Sí, por supuesto. Siempre tengo un minuto para ti, no te preocupes.

Una vez estuvimos sentados, empecé a contarle todo lo que había sucedido aquella mañana: la llamada, la buena noticia, la partida inminente. Él me escuchó en silencio, asintiendo de vez en cuando. Vi cómo sus ojos se ensombrecían poco a poco, aunque no pronunció ni una palabra negativa. Es más, cuando terminé, apoyó una mano sobre la mía y sonrió.

—Eso es una muy buena noticia, Elvira —me dijo—. ¡Por fin te han llamado!

—Sí, después de tantas mañanas enviando currículos…

—Me alegro muchísimo, en serio. Si alguien se merece una segunda oportunidad, eres tú sin lugar a dudas.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Era bastante evidente que una parte de él estaba aguantándose las ganas de decir algo más, de pedirme, quizás, que no me fuera. Y una parte de mí deseaba que lo hiciera, que me pidiera que me quedara a su lado y no regresara a Madrid. Sin embargo, sabía que no lo haría porque si hubiera sido del tipo de chicos que te pedía que abandonaras tu carrera por una relación que solo estaba empezando y aún no estaba ni definida, yo no habría estado sentada con él aquella mañana.

No sé cuánto tiempo permanecimos así, en silencio, inmóviles. Nos decíamos con los ojos todo lo que no nos atrevíamos a pronunciar en voz alta, nos contábamos una historia que sabíamos que ya no podría suceder. Hablábamos de unos sueños compartidos que jamás se harían realidad.

—¿Y tienes pensado volver pronto? —se atrevió por fin a preguntar—. Para tener nuestra segunda cita.

—No lo sé —confesé. Agaché la mirada y me encogí de hombros —. Depende de cómo vaya todo en Nochevieja.

—Seguro que irá bien —me interrumpió él. Noté su mirada cálida en mí y se me escapó una pequeña sonrisa—. Tienes que ser positiva.

—Sí, lo sé. Aunque, si eso pasara, todo se complicaría. El viaje en

tren es bastante largo, así que no suelo bajar mucho por el pueblo —le expliqué. Lo miré de nuevo a los ojos y él asintió de forma comprensiva—. No puedo darte una fecha para la segunda cita, Félix. Lo siento mucho.

—¡No te disculpes! Es una buena noticia, Elvira. Me alegro muchísimo por ti, en serio.

—Muchas gracias. Tengo ganas de volver —dije, a pesar de que ambos sabíamos cuáles eran mis verdaderos sentimientos respecto a regresar a la ciudad— y recuperar mi vida.

—¿Me avisarás cuando estés por aquí?

—La duda ofende —me apresuré a asegurarle. Ambos sonreímos y él apretó un poco mi mano—. No pienso olvidarme de nuestra cita, que te quede claro.

—Me parece bien.

—Y tú escríbeme muchos mensajes para decirme qué tal va todo —lo señalé con un dedo de forma amenazadora al decir aquello—. Quiero que me mantengas al día de los cotilleos que te cuente doña Emilia cuando venga a tomarse su café.

—Prometido.

La puerta del local se abrió y los dos nos giramos hacia ella casi al mismo tiempo. Un par de vecinos entraron y se acercaron al mostrador mientras buscaban a Félix con la mirada. Él suspiró y me dio un último apretón en la mano antes de disculparse.

—Sí, claro. No te preocupes. —Me puse de pie y me quité un par de arrugas imaginarias de la camiseta—. Debería irme. Tengo que coger el tren de esta tarde para llegar a tiempo y aún no he empezado a recoger mis cosas.

—Déjame que te prepare el desayuno para llevar.

—No hace falta…

—Insisto. No sé cuándo vas a volver, así que déjame darte un café y el dulce que quieras.

—Te prometo que cuando vuelva empezaré a pagarte.

—Ya lo veremos.

Los dos reímos y yo, incapaz de contenerme más, me lancé sobre él para abrazarlo. Félix me estrechó con fuerza entre sus brazos y besó mi cabeza, alargando aquello unos cuantos segundos más.

Cuando nos separamos, regresó tras la barra para atender a los

clientes y prepararme el desayuno. Una vez lo hubo terminado, me tendió la bolsa y nos dimos un último abrazo mientras nos prometíamos que nos veríamos pronto.

Me detuve en la puerta, antes de salir, y le hice un gesto con la mano. Él me lo devolvió, sonriendo, y yo decidí atesorar aquel recuerdo para resguardarme en él cada vez que lo echara de menos hasta que volviéramos a encontrarnos.

Capítulo 14

Me bajé del taxi y recorrí el corto camino hasta el portal arrastrando los pies. Estaba agotada después de aquel primer día de trabajo tan ajetreado. Me habían citado a primera hora de la mañana para arreglar los temas burocráticos y había sido un no parar desde entonces. Me habían presentado a los miembros del equipo que, con bastante desgana, me habían explicado todo lo que debía saber, habíamos hecho más y más pruebas… y había preparado cafés. Demasiados cafés. No tardé más de unos minutos en darme cuenta de que solo me habían llamado porque estaban desesperados, pero que solo me veían como «la chica que se cargó la final de *Misión Éxito*». Ninguno de mis compañeros, mucho menos mis supervisores, me tomaban en serio y no se fiaban de mí ni lo más mínimo. Me consideraban una simple asistente y yo, a pesar de saber que estaba cualificada para realizar tareas mucho más compleja, lo único que podía hacer era asentir y morderme la lengua. Me había costado mucho encontrar aquel trabajo y no quería perderlo por no ser capaz de quedarme callada. Aunque sabía que todo tenía un límite y esperaba no rebasarlo.

Entré al piso y me sorprendí al ver que la luz del salón seguía encendida. Me asomé y sonreí al ver a mi madre dormitando en el sofá mientras veía una película mala navideña. Mis padres, mi

hermano y mi cuñada habían decidido venir conmigo para que no tuviera que pasar el Año Nuevo sola. Había intentado convencerlos para que se quedaran en el pueblo y lo celebraran con el resto de la familia como siempre, pero ellos no me habían dado opción a réplica. Mateo decía que no había volado hasta España para no poder festejar la entrada del nuevo año con su hermanita pequeña y mis padres no querían ni imaginarse celebrar aquella fiesta sin uno de nosotros, así que habían empaquetado todas sus cosas, mi padre se había pedido el día de asuntos propios y habíamos acabado viajando todos juntos en coche hasta Madrid. Y yo, a pesar de que había intentado persuadirlos para que no se tomaran aquella molestia, en realidad estaba encantada de que hubieran hecho aquello. Yo también quería pasar Año Nuevo con ellos.

—Mamá —la llamé, sobresaltándola—, ¿qué haces levantada? Os dije que terminaría tarde y que os acostarais.

—Baja la voz —me riñó mientras señalaba el suelo, donde Ava y Mateo descansaban en un colchón hinchable—. Acaban de dormirse.

—Y tú deberías hacer lo mismo.

—Estoy viendo una película.

—Ah, ¿sí? —Me acerqué hasta ella y me senté a su lado en el sofá —. ¿Y de qué va?

—Pues de lo mismo que todas las películas de Navidad: chica conoce a chico, chica y chico se enamoran y…

—Y no puedes darme más detalles porque estabas dormida. — Tuve que contener una carcajada para no despertar a los demás—. Gracias por esperarme, pero, como ves, ya estoy aquí sana y salva y me gustaría poder descansar un rato.

—¿Estás segura de que no te importa dormir en el sofá?

Le quité importancia a aquello con un gesto. Aunque los dormitorios de mis compañeros estaban vacíos, ya que estaban pasando las fiestas en sus respectivos pueblos, no podíamos usar sus camas, así que habíamos tenido que improvisar bastante. Al final decidimos que mis padres dormirían en mi cuarto y «los jóvenes» nos apañaríamos en el salón.

—Estaré bien. Además, estoy tan cansada que creo que voy a dormirme antes de caer.

—¿Qué tal ha ido el primer día?

—Bien —mentí—. Bastante ajetreado.

—¿Segura?

Ella, que me conocía como si fuese mi madre, enarcó una ceja, poco convencida por mi respuesta. Yo suspiré y aparté la mirada.

—Para ellos soy solo la chica que se cargó *Misión Éxito* —confesé en un murmullo—. Sé que me han llamado porque era su única opción, pero… no me están haciendo sentir demasiado bien recibida.

—Cariño…

—En casa estuve a punto de olvidarme de todo esto, ¿sabes? Cuando estaba con vosotros y con mis amigos y… y con Félix en la cafetería o en los talleres, casi olvidé el motivo por el que había vuelto a casa. Pero, en cuanto he regresado, todos han vuelto a señalarme.

—Ya sabes que si necesitas quedarte una temporada más larga, puedes hacerlo —contestó ella tras unos instantes—. Te lo dije cuando pasó todo aquello y te lo repito ahora: no tienes por qué seguir aquí, no tienes por qué consentir que te cuelguen el sambenito y te traten como si fueras una delincuente. Hay más ciudades, más lugares en los que poder cumplir tus sueños. Madrid no es el centro del universo.

Apreté los labios con fuerza porque sabía que mi madre tenía razón y porque llevaba días pensando que lo que menos me apetecía era regresar a una ciudad en la que ya no era bienvenida. En el pueblo me había sentido más feliz y a gusto de lo que me había sentido en meses. Había tenido la oportunidad de tomármelo todo con calma, de reír y charlar, de reconectar con la gente que me importaba. Por no hablar de todo lo que había empezado a sentir por Félix ni de los buenos ratos que habíamos pasado juntos. Y, sin embargo, había aceptado aquel trabajo en cuanto me lo habían ofrecido y parecía estar dispuesta a tragar con todo para recuperar mi vida y mi carrera profesional.

—Estoy bastante cansada, mamá —dije finalmente. Lo mejor sería dejar todas aquellas divagaciones para otro momento—. ¿Te importa si…?

—No, por supuesto. —Apagó la televisión y se levantó—. Es muy tarde, así que me voy a dormir yo también.

Me dio un beso en la frente y se marchó a mi dormitorio. Yo me apresuré a pasar por la cocina para tomar algo rápido y por el baño para desmaquillarme, lavarme los dientes y ponerme el pijama antes

de regresar al salón. Apagué las luces y me tumbé en el sofá. Aunque estaba tan cansada que no era capaz de conciliar el sueño y me pasé un buen rato recreando todos los momentos incómodos que había vivido durante aquel día. No podía creerme que me hubieran arrancado de mi cómoda casa para arrojarme a un ambiente de trabajo tan hostil. Suspiré. Solo esperaba que todo fuera a la perfección al día siguiente, me ofrecieran un contrato y todo el mundo se olvidara de *Misión Éxito* de una vez por todas, pero sabía que aquello era solo una quimera y que la realidad a la mañana siguiente no sería tan grata.

Capítulo 15

Nunca antes había estado rodeada de tanta gente ansiosa. Todo el mundo en el control corría de un lado a otro, ultimaba los detalles y comprobaba sin descanso que todo estaba en orden. En comparación con aquello, la final de *Misión Éxito* había sido un paseo, aunque, en parte, lo entendía. En las campanadas de Fin de Año no podían cometerse errores. O, si no, que se lo preguntaran a los de Canal Sur, con la que se formó en aquella Nochevieja.

Sin embargo, y a pesar de que todo el mundo estaba hasta arriba de trabajo, a mí volvieron a obligarme a pasarme el día llevando papeles y preparando cafés. Es más, si el día anterior me habían estado mirando con recelo, aquel ni siquiera me dejaban acercarme a los controles, supongo que por si volvía a tener un accidente y provocaba, de nuevo, la ira de millones de españoles.

—¡Oye, tú! Eh, tú, bonita, la nueva. La torpe.

Levanté la vista, con el ceño fruncido, al darme cuenta de que se refería a mí. Frente a mí había un hombre de unos cuarenta años con las mangas de la camisa arremangadas y cara de pocos amigos.

—¿Hablas conmigo? —le pregunté aun así.

—¿Con quién si no? —replicó con tono exasperado. Chasqueó los dedos un par de veces y yo tuve que contenerme para no fulminarlo con la mirada. Por muy cansada que estuviera, todavía quería

conservar aquel trabajo. Aunque, si volvía a faltarme el respeto, no respondería de mis actos—. ¡Aquí estamos a lo que estamos y si te llamo, respondes a la primera!

—Ya, bueno, tengo un nombre —dije, incapaz de tragarme aquellas palabras aunque tratando de mantener una expresión neutra —. Si lo utilizas, quizás me dé por aludida antes.

—¿Crees que tengo tiempo de aprenderme el nombre de todos los que me traen el café?

—No he venido aquí a traer cafés.

—No esperarías hacerte cargo de la retransmisión, ¿verdad? —Lanzó una carcajada que atrajo la atención de todos los que nos rodeaban—. No me hagas reír, por favor. Deberías estar dándome las gracias ahora mismo por esta oportunidad en lugar de quejarte tanto. Al menos estás aquí, ¿no? Te hemos abierto una puerta que es mucho más de lo que te mereces. ¿O es que de verdad crees que alguien volverá a darte un puesto de responsabilidad después de lo de *Misión Éxito*?

Aquellas palabras me sentaron como una bofetada y una súbita rabia me recorrió de arriba abajo. Me levanté de la silla y di un par de pasos hacia él, con una actitud desafiante que lo sorprendió. Era evidente que no se esperaba aquella reacción y la verdad era que yo tampoco. No sabía muy bien dónde acababa de mandar mis ganas de conservar aquel trabajo ni la poca cordura que me quedaba, pero no podía importarme menos. Llevaba dos días aguantando desplantes, cuchicheos y miradas acusadoras, sintiéndome una inútil y esforzándome por poner buena cara a pesar de todo. Pero se había acabado. No iba a seguir consintiendo aquello. Ese hombre acababa de cruzar todos los límites.

—¡Pues sí! —exclamé—. Sí que deberían dármelos porque soy una profesional excelente que se esfuerza y da lo mejor de sí misma en cada momento. Cometí un error, sí, porque soy humana y sufrí un inoportuno accidente por el que ya pedí perdón y que trato de olvidar a pesar de que el resto del universo parece empeñado en recordármelo una y otra vez.

—¿Pero quién te crees que eres para hablarme así, niñata?

—Una persona con muchísima más educación que tú.

—Lo que eres es una incompetente y una ingrata —me acusó él,

elevando el tono de voz un par de octavas—. ¿Sabes quién soy yo? ¿Sabes lo que podría hacer? Tengo contactos tanto dentro como fuera de España y podría hacer que tu carrera se acabara con solo chasquear los dedos. No te querrían ni siquiera para llevar cafés y papeles.

—Oh, tranquilo: si van a contratarme solo para eso, pueden ahorrarse la llamada.

Me giré y, con paso firme, caminé hacia el perchero en el que había dejado mi bolso y abrigo bajo la atenta mirada de todos los compañeros, que de repente parecían haber olvidado su agobio. Estaba claro que un buen drama era mucho más interesante que ultimar los preparativos para las campanadas.

—¿Qué crees que haces?

—Recoger mis cosas.

—¿Disculpa?

—Me voy. Dimito —le aclaré por si aún no lo había pillado. Aunque creía que era bastante evidente a aquellas alturas—. No voy a consentir que me sigáis tratando así.

—Si pones un pie fuera de esta habitación, tu carrera se habrá acabado para siempre.

—Pues ya me buscaré otra u opositaré a algo, no te preocupes. Esto no es el fin del mundo: es solo un trabajo. —Me puse el abrigo y le dediqué la mejor de mis sonrisas—. Mucha suerte con la retransmisión de esta noche. Espero que se te caiga el café encima de los controles y sufras al menos una quinta parte de lo que he sufrido yo estos meses. Yo, por mi parte, me voy a cenar y tomarme las uvas con mi familia, así que adiós, *adeu*, *bye*, *au revoir*, *arrivederci* y que os vaya bonito.

Ni siquiera me detuve a escuchar su respuesta. Alcé la cabeza y abandoné la sala con la firma convicción de estar haciendo lo correcto. No sabía cómo saldría adelante, pero sí que aquel había dejado de ser mi lugar hacía tiempo y que no estaba dispuesta a humillarme para recuperar un hueco que ya ni siquiera quería. Las últimas semanas me habían hecho cambiar de opinión y aquellos dos días tan horribles me habían abierto los ojos por completo.

Fui corriendo hacia el metro, que estaba a rebosar de gente que iba de camino hacia sus casas para prepararse para aquella noche, conseguí hacerme un hueco en el vagón y volví a correr en cuanto

llegué a mi parada. Saqué la llave de mi piso sin aminorar la marcha, aún en medio de la calle, por lo que solo me detuve para abrir primero el portal y, después, la puerta de mi apartamento. Mi madre llegó corriendo a la entrada, alarmada al escuchar un ruido, y me miró con el ceño fruncido, sin comprender qué hacía allí.

—Elvira, ¿no se supone que tendrías que estar en el control?

—Se supone, tú lo has dicho —respondí mientras corría a abrazarla—. Pero tenías razón. Esto no merece la pena.

—¿Qué…?

Deshice el abrazo, aunque la cogí de las manos antes de contestar al fin.

—He dimitido.

—¿Pero cómo has hecho eso? —Mi madre dibujó una mueca sorprendida que me hizo reír—. ¡Con lo que te costó encontrar el trabajo!

—Es que hoy me han tratado aún peor, me han amenazado e incluso me han dicho que jamás volvería a trabajar en un control y no iba a consentir que me despreciaran de esa forma. Madrid no vale tanto, así que a partir de ahora voy a buscarme la vida en un lugar en el que me valoren de verdad.

—Me alegra mucho oír eso, cariño. Ahora si quieres…

—Ahora nos vamos al pueblo. Ya. Recogemos todo, nos montamos en el coche y nos vamos. Tengo que hablar con Félix.

—Pero, Elvira, ¿qué mosca te ha picado? ¿Estás bien?

—Estoy mejor que nunca, mamá, y tengo ahora mismo tanta adrenalina en el cuerpo que necesito soltarla y no se me ocurre mejor forma que volviendo a casa para decirle a Félix que creo que me he enamorado de él y que podremos tener nuestra segunda cita pronto porque estoy de vuelta y esta vez de forma indefinida.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Mi madre me miró de arriba abajo, con el ceño fruncido, tratando probablemente de averiguar si realmente estaba tan bien como decía estar o si estaba al borde del colapso nervioso (algo que yo no habría descartado).

—Por favor —le pedí—. No puedo dejar que acabe el año sin decirle todo lo que tendría que haberle dicho antes de marcharme.

Ella permaneció en silencio, sin dejar de observarme hasta que, tras unos segundos que se me hicieron eternos, sonrió y asintió.

—Pues vámonos. —Se giró hacia la cocina y subió el tono de voz —. ¡Recoged todo! Nos vamos al pueblo. Elvira va a declararse a Félix.

—¡Mamá!

Me puse roja y ella se echó a reír. Mi hermano no tardó en salir y, tras un breve interrogatorio, por fin comenzamos a empaquetar todo lo que habíamos traído y la comida que estaba, por suerte, terminada. Unos cuarenta minutos después, los cinco nos montamos en el coche y abandonamos Madrid rumbo a casa.

Rumbo a un nuevo capítulo de mi vida.

Capítulo 16

No nos detuvimos en todo el camino, a pesar de las quejas de mi hermano, que estaba muerto de hambre e insistía en cenar en cualquier cuneta. Por suerte, mis padres entendían la gravedad del asunto y lo ignoraron, así que no paramos hasta que, por fin, entramos al pueblo.

Miré la hora en mi móvil y contuve la respiración. Apenas faltaban diez minutos para la medianoche. Tenía que darme prisa si quería hacer aquello antes de que el año terminara.

—Dejadme aquí mismo —dije mientras me desabrochaba el cinturón—. Iré corriendo a la plaza.

En cuanto el coche se paró, me precipité al exterior. A lo lejos se oía música a todo volumen y el ruido de mis vecinos que se preparaban para despedir el año todos juntos. Aquella había sido otra de las ideas de Félix: organizar una fiesta de Nochevieja para gente de todas las edades, desde los más pequeños hasta los más ancianos como doña Concha y doña Emilia.

Eché a correr siguiendo el sonido, cada vez más nerviosa. A pesar de que había tenido unas cuantas horas para repasar en mi cabeza lo que quería decirle a Félix, no había logrado preparar ningún discurso coherente. Eran tantas las cosas que quería contarle, tantos los sentimientos que expresar, que me costaba ponerlos en palabras. Así

que no me quedaría otra que improvisar cuando lo tuviera delante.

—¡Tía, Elvira!

Cati salió de la nada y a punto estuve de chocar contra ella. Me agarré a sus hombros para evitar la caída y, por suerte, logré estabilizarme antes de acabar en el suelo.

—Qué susto…

—¿Qué haces aquí? —insistió mi amiga. Me miraba de arriba abajo como si estuviera viendo un espejismo—. ¿No deberías estar en Madrid transmitiendo las campanadas? ¡Es casi medianoche!

—Es una larga historia —contesté, sin querer entrar en detalles. Ya tendría tiempo de poner a mis amigos al día cuando hablara con Félix—. Tengo un poco de prisa y…

—¿Pero dónde vas? —insistió ella al tiempo que me cogía de un brazo para que no pudiera moverme. Evidentemente mi amiga no entendía el significado de la palabra «prisa»—. ¿Ha pasado algo? ¿Estáis todos bien?

—Sí, sí, todos perfectamente, tranquila —me apresuré a responder —. Pero tengo que hablar con Félix antes de que acabe el año.

—¿Y eso por…?

—¡Elvira! ¿Qué haces aquí?

Esta vez fue Isa quien apareció y me cogió del otro brazo. Yo bufé y, con toda la delicadeza que fui capaz de reunir a pesar de los nervios, me solté del agarre de ambas.

—Dice que tiene que hablar con Félix ya —le explicó Cati, aunque no dejó de mirarme con los ojos entornados, probablemente tratando de averiguar de qué iba todo aquello.

—¿Por qué?

—Os prometo que os lo explicaré todo luego —les aseguré—, pero ahora tengo que irme porque no quiero empezar el nuevo año con esta conversación pendiente, chicas. Félix y yo tenemos que aclarar un par de cosas.

Las dos intercambiaron una mirada rápida y, por fin, me dejaron pasar. Retomé mi carrera y continué recorriendo las calles, seguida ahora de cerca por Cati, Isa y el resto de nuestros amigos, que parecían muy interesados en lo que iba a hacer. Cada vez había más ruido y no tardé en vislumbrar a lo lejos la pantalla gigante que habían instalado en mitad de la plaza. Apreté un poco más el paso y

me interné entre la multitud que ya aguardaba impaciente el comienzo de las campanadas.

Me detuve y comencé a mirar a mi alrededor, tratando de encontrar a Félix entre todos mis vecinos. Paseé la mirada de un lado a otro de la plaza, cada vez más ansiosa. Se me estaba acabando el tiempo, así que tenía que localizarlo. Y entonces lo vi. Estaba junto a la pantalla, que mostraba la imagen en directo desde la Puerta del Sol, hablando con la alcaldesa. Llevaba un traje que le sentaba de maravilla y tenía una copa llena de uvas en la mano, preparado para despedir el año. Pero no iba a hacerlo sin antes hablar conmigo.

—¡Félix!

Evidentemente mi grito fue amortiguado por el ruido de una multitud cada vez más ansiosa, así que no me quedó más remedio que abrirme paso hacia la pantalla, empujando con más o menos delicadeza a mis vecinos y sin dejar de gritar el nombre de Félix. Aunque él no me escuchó hasta que, por fin, llegué a su lado y tiré de su brazo, apartándolo de la alcaldesa.

—¿Qué…? ¿Elvira? —Apoyó una mano en mi brazo, mirándome como si fuera un fantasma—. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en Madrid? ¡Íbamos a ver tu retransmisión!

Sonreí sin poder evitarlo, enternecida por el gesto. Félix siempre estaba en todo y con aquel pequeño detalle había conseguido que mis nervios se aflojaran un poco.

—Lo estaba, pero entonces me di cuenta de que no era lo que quería —confesé. Noté una pequeña caricia en el brazo y amplié mi sonrisa—. No quería estar en Madrid rodeada de gente que no hacía más que criticarme y tratarme como si fuera una inútil solo porque cometí un error.

—¿Has dejado el trabajo? —preguntó, tratando de asimilar lo que le estaba contando.

—Y me han vetado de todas las cadenas nacionales —añadí—. Pero no me arrepiento. Me merezco que me traten con respeto y que me vean como soy en realidad. Como me ves tú.

Él abrió mucho los ojos al escuchar aquella confesión. Me dedicó una mirada sorprendida e incluso se acercó un poco más a mí. Probablemente intentaba averiguar si me había escuchado bien o si había malinterpretado mis palabras por culpa del ruido.

—Elvira…

Todos a nuestro alrededor se quedaron en silencio y yo tardé unos instantes en darme cuenta de que no lo habían hecho por nosotros sino porque los presentadores ya estaban terminando de explicar la mecánica de todos los años. Tenía que darme prisa si quería hacer aquello antes de que acabara el año.

—Sé que nos conocemos desde hace poco, pero siento algo por ti. Estoy muy a gusto contigo y sé que me comprendes mejor de lo que nadie lo ha hecho en mucho tiempo —empecé a confesar al tiempo que el carrillón comenzaba a caer—. No he dejado el trabajo solo por ti, tranquilo. No quiero que entres en pánico creyendo que he puesto toda mi vida patas arriba por estar contigo. Pero sí que has sido uno de los motivos por los que he tomado la decisión, por los que he decidido volver. —Los cuartos empezaron a sonar y a mí los nervios me hacían hablar cada vez más rápido—. No sé qué voy a hacer a partir de ahora, ni qué esperar de la vida, pero me gustaría tener esa segunda cita contigo y que me sigas invitando a desayunar y ayudarte cuando decidas convertir este pueblo en la viva imagen de la Navidad o de San Valentín o de lo que sea y… y ver hacia dónde va esto.

Guardé silencio al terminar la confesión, expectante. A nuestro alrededor solo se escuchaban las campanadas y a mis vecinos tratando de no atragantarse con las uvas. Miré a Félix y tragué saliva con cierta dificultad. ¿Y si aquello le parecía una ida de olla y salía corriendo?

—A mí también me encantaría ver hacia dónde va esto —respondió él por fin y yo solté un suspiro de alivio— y me alegra muchísimo que hayas decidido no volver a Madrid.

Y entonces, al mismo tiempo que la última campanada resonaba, dio un paso al frente y me besó para terminar aquel año y entrar al nuevo los dos juntos. La plaza estalló en aplausos y la parte egoísta de mí eligió creer que nos aplaudían a nosotros en lugar de estar celebrando el nuevo año. Incluso estallaron fuegos artificiales que me hicieron sentirme la protagonista de una película navideña romántica de no tan bajo presupuesto.

Cuando por fin nos separamos, lo abracé y me dediqué a disfrutar de los últimos fuegos artificiales. Él me besó la frente y me acarició el pelo con dulzura.

—No puedo creerme que hayas vuelto —murmuró casi en mi oído

para que pudiera oírlo a pesar del jaleo que había vuelto a invadirlo todo—. Estuve a punto de pedirte que te quedaras, pero no me pareció apropiado. Al fin y al cabo no nos conocemos tanto, ¿no? No quería que creyeras que estaba cruzando un límite.

—Lo sé y te agradezco que me dejaras mi espacio para tomar esta decisión —le aseguré. Levanté la cabeza para mirarlo y sonreí—. Me has conquistado con la magia de la Navidad, ¿quién se lo habría podido imaginar?

Volvimos a besarnos, a reír y a abrazarnos, todavía tratando de asimilar lo que acababa de pasar. Aquella era la mejor forma posible de empezar el año.

Epílogo

Junio

Entré a la librería-cafetería y sonreí al ver a Félix al otro lado de la barra preparando un café. Me apoyé en el marco de la puerta y sonreí.

—¿Me pones uno cuando puedas? —le pregunté, atrayendo por fin su atención. Se giró hacia la entrada y sonrió, aunque no apartó la mirada de la taza que estaba decorando—. Pero con hielo, porfa, que hoy tenemos por lo menos cuarenta grados…

—No seas exagerada que el termómetro de la farmacia marcaba treinta hace un momento —replicó. Soltó por fin el café sobre el mostrador y me miró, sonriendo—. Has terminado pronto.

—Sí, hemos tenido un problema con la entrevista, así que hemos tenido que cancelarla. Van a repetir el concierto de primavera de la banda municipal —le expliqué—. No me necesitaban y he podido escaparme antes.

La verdad era que estaba encantada con mi nuevo trabajo. Poco después de regresar al pueblo de forma indefinida, una de mis vecinas le había comentado a mi madre que su nuera, que trabajaba en una cadena de televisión, necesitaba contratar a alguien; ella se había acordado de mí y había quedado en darle mi currículum. Yo no estaba muy convencida de aquello, pero debido a la insistencia de mis padres

y Félix, había accedido a enviárselo. Aunque sabía que lo descartaría casi sin leerlo (ya no solo por lo de *Misión Éxito*, sino también por lo sucedido en Nochevieja, que había terminado de cerrarme las puertas de la industria). Sin embargo, a los pocos días una llamada de teléfono me había sorprendido: estaban interesados en contratar a alguien con mi perfil y querían que fuera al estudio para una entrevista formal. Aún escéptica, había ido y había estado charlando un rato con aquella mujer. Me habló del puesto de trabajo, de la filosofía de la cadena y de cómo querían acercarse a los pueblos de la zona y presentarlos ante el resto del mundo. Todo había ido tan bien que, aunque no me atreví a admitirlo en voz alta, empecé a albergar la esperanza de que me contrataran. Y, por suerte, apenas una semana después de la entrevista volvieron a llamarme para darme la buena noticia: me querían en el equipo. Al parecer les había gustado mucho, así que les daba igual mi metedura de pata en la final del programa. Y estábamos tan lejos de la capital que ni siquiera habían oído las malas palabras que se habían vertido sobre mí desde el incidente de las campanadas.

Así que no había tardado en incorporarme y empezar una nueva aventura. No teníamos los mismos medios que en Madrid, pero me trataban mucho mejor. Me sentía escuchada en las reuniones y sabía que valoraban mi trabajo y mis ideas. Además, mi calidad de vida había mejorado de forma significativa ahora que había vuelto a la tranquilidad de la sierra. Aunque, siendo totalmente sincera, todavía echaba de menos poder ir a cualquier sitio en metro o dando un paseo y el anonimato que me proporcionaba la gran ciudad.

—Siéntate si quieres —dijo Félix al tiempo que señalaba con la cabeza una mesa vacía al fondo del local—. Ahora me tomo el café contigo.

Le di un beso rápido y me alejé mientras él preparaba las bebidas. Me senté y sonreí sin dejar de mirarlo. Las cosas entre nosotros marchaban viento en popa. A pesar del fin de la Navidad, nosotros habíamos seguido viéndonos todas las mañanas en la cafetería y bastantes noches fuera de esta. Fuimos conociéndonos, descubriéndonos poco a poco el uno al otro entre tazas de cafés y estanterías llenas de libros y, al final, decidimos ponerle un nombre a lo que sentíamos. Estábamos enamorados y queríamos estar juntos para siempre, pasara lo que pasara.

Aunque aquello nos había convertido en la comidilla de todo el pueblo. Desde el primer momento todos mis vecinos parecieron interesarse de más por nuestra relación. Además, como últimamente pasaba más tiempo en su casa que en la de mis padres (que solían bromear diciendo que me había mudado sin avisar), todos se preguntaban si pronto sonarían campanas de boda. Y, por supuesto, la más interesada en nuestro supuesto enlace era nuestra querida doña Emilia, que iba pavoneándose y diciendo que «ella se lo veía venir desde el principio» y que le debíamos nuestro romance porque nos había presentado.

Félix no tardó en volver con dos vasos de café con hielo. Se sentó frente a mí, sonriendo, y tomó un sorbo sin dejar de mirarme.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Nada, pensaba en lo mucho que me alegra que hayas podido salir antes hoy. Puedo cerrar pronto para hacer algo juntos. ¿Y si nos quedamos en casa, vemos una película y preparamos algo rico para cenar?

—Cuando lo llamas «casa» así a secas les das la razón a mis padres —repliqué mientras reía—. Sí que parece que me he mudado.

—Sabes que tienes siempre las puertas abiertas y un par de cajones para dejar todo lo que quieras.

—Lo sé y ya están llenos de ropa.

Me incliné un poco hacia delante y lo besé otra vez.

—¿Eso es un sí al plan de cena y peli?

—Es un por supuesto. —Me acomodé de nuevo en mi asiento y me eché un poco hacia atrás—. Así que echa a los clientes en cuanto puedas porque me muero por llegar a casa, darme una ducha fresquita y ponerme el pijama.

—¿Quién es la que la llama «casa» a secas ahora?

Le saqué la lengua y los dos nos echamos a reír. Félix buscó mi mano sobre la mesa y yo se la estreché. No pensaba mudarme aún con él, pero me encantaba tener mis propios cajones llenos de ropa y saber que podía ir siempre que quisiera.

Seguimos charlando sobre su día, el mío, los nuevos libros que habían llegado a la librería y nuestros planes de aquella noche mientras apurábamos nuestras bebidas. Miré a mi alrededor sin poder evitarlo y suspiré. Si la primera vez que entré al local me hubieran

contado que acabaríamos así, no me lo habría creído. Yo que solo pensaba en volver a Madrid, que creía que solo un iluso montaría un negocio así en un pueblo, que había ido solo para poder cotillear, había acabado regresando a casa, cambiando mi vida en la ciudad por otra más tranquila y enamorándome de aquel soñador amante de la Navidad.

Puede que la magia navideña nos hubiera unido, pero el paso del tiempo nos acercaba cada vez más y más, así que estaba deseando ver qué nos deparaba el futuro. Y, por supuesto, pasar el resto de las Navidades de mi vida a su lado.

FIN

Agradecimientos y nota de autora

Me encanta la Navidad desde que era pequeña. Me encantan las luces, los villancicos y decorar toda la casa. Además, soy una gran fan de las comedias románticas navideñas de sobremesa (especialmente de las de bajo presupuesto). Así que con esta novela quería hacer un homenaje a esa época y a esas películas: quería escribir mi propia comedia romántica navideña.

Y, por si fuera poco, esta idea se me ocurrió la Nochevieja del año pasado, justo antes de empezar a comerme las uvas, al recordar con mi padre aquellas fatídicas campanadas de hace unos años en Canal Sur. Cosas del destino, supongo.

Quiero agradecer, como siempre, a mis padres y mi abuelo su apoyo, y a todas mis amigas por estar siempre y alegrarse cada vez que publico una nueva novela.

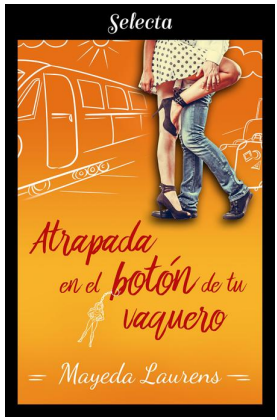
Muchas gracias también a todo el equipo de Selecta, que hace esto posible: a Lola Gude, mi editora, por apoyar mis ideas; a Juanjo, mi corrector, por ayudarme a darle brillo a la novela; y a Moreyba por hacer la maravillosa portada que parece, de verdad, el póster de una de esas películas que tanto me gustan.

Y, por supuesto, gracias a ti, querida lectora, por darle una oportunidad a esta historia. Espero que te haya gustado y que disfrutes cada día de la magia de la Navidad.

Si te ha gustado

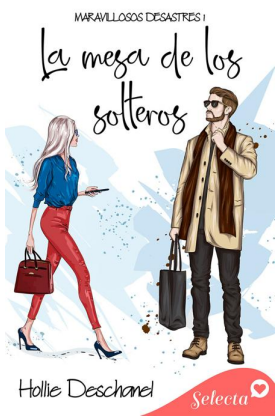
Antes de la última campanada

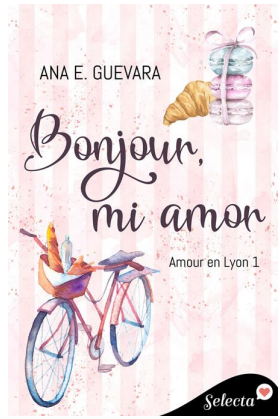
puedes disfrutar de estas



ÁNGELES VALERO
Gala y su amante intermitente
PACTO ENTRE AMIGAS 1
Selecta

MAR POLDARK
Cariño, ESTE NO ES NUESTRO CUENTO
Darling 1
Selecta


MARAVILLOSOS DESASTRES I
La mesa de los solteros
Hollie Deschanel
Selecta


ANA E. GUEVARA
Bonjour, mi amor
Amour en Lyon 1
Selecta

Una chica que vuelve a casa, un chico con mucho espíritu navideño y una librería-cafetería que los unirá.

Misión Éxito era el concurso musical de moda hasta que, durante la retransmisión de la final, Elvira sufrió un accidente que hizo que toda España se perdiera el anuncio del ganador. Cansada de estar en el paro y de que le cierren en las narices todas las puertas a las que llama, decide cambiar de aires y regresa a su pueblo para pasar las Navidades rodeada de su familia y amigos. Aunque está deseando volver a Madrid.

Félix acaba de mudarse al pueblo, donde ha abierto una librería-cafetería en la que hornea sus propios dulces, presta libros y sirve cafés «con nombres raros». Además, ha convencido a la alcaldesa para organizar un programa de actividades que incluye un mercadillo y muchos talleres de los que él mismo se encarga. Está dispuesto a contagiar a todos sus vecinos de su inmenso espíritu navideño.

En cuanto Elvira llega a casa, decide ir a visitar la librería-cafetería para conocer al famoso Félix del que todo el mundo habla. A pesar de

sus reticencias iniciales, los dos no tardan en conectar y poco a poco empiezan a pasar tiempo juntos en el local. Aunque, quizás, los sentimientos que están brotando entre ellos van más allá de la amistad y pueden poner patas arriba los planes de Elvira.
¿Qué pasaría si el amor surgiera en Navidad?

María Heredia (Estepona, 1995) siempre tuvo claro que quería ser escritora. Desde pequeña fue una ávida lectora y no tardó en empezar a escribir sus propias historias sobre mundos mágicos, chicas valientes y romances de ensueño. Las letras siempre fueron su pasión, así que estudió Traducción e Interpretación en la Universidad de Granada y un Máster en Literatura y Lingüística Inglesas. Actualmente compagina la escritura con su trabajo como profesora de idiomas y la redacción de su tesis doctoral en Literatura Inglesa y Narrativas Transmedia.

Edición en formato digital: diciembre de 2022

© 2022, María Heredia
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Moreyba Martín Leal
Imágenes: istock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18399-23-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Antes de la última campanada

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Epílogo
Agradecimientos y nota de autora

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre María Heredia
Créditos